

El Cielo

por William MacDonald

traducido por Carlos Tomás Knott

Título en inglés: **Heaven**

Todos los derechos reservados

¿Cómo Será El Cielo?

Mucha gente piensa que no podemos saber nada acerca del cielo. La sabiduría común nos limita a una lista corta de negativos: no habrá sol, ni luna, ni mar, ni enfermedad, ni tristeza, ni sufrimiento, ni lágrimas ni muerte. Oh, sí, de acuerdo que será maravilloso, pero más allá de esto no se sabe mucho.

Es verdad que no sabemos todo lo que quizá nos gustaría para satisfacer nuestra curiosidad acerca de nuestro hogar celestial. Pero es sorprendente cuánto podemos saber acerca del lugar que el Salvador ha ido a preparar. Si usamos sencillamente las verdades dichas en las Escrituras, las pistas que ahí se nos dan, y un poquito de imaginación santificada, podemos pintar un cuadro bastante detallado de un lugar asombrosamente delicioso.

El Camino A Dios

La Biblia habla de dos caminos en el paisaje de la vida. Uno es camino ancho, y el otro angosto. El primero no es ancho por ser más suave, más razonable o más seguro. Al contrario, es porque hay más tráfico en él. El segundo es angosto porque pocos lo escogen, no porque sea difícil, incierto ni imposible de atravesar.

El camino ancho representa la doctrina popular de “salvación por obras”. Los que viajan en él buscan ganar o merecer la vida eterna. Mucha gente piensa que éste es el camino correcto (Pr. 14:12). En cambio, el camino angosto ofrece la salvación como un regalo gratuito a aquellos que se arrepienten de sus pecados y reciben por fe al Señor Jesucristo. Éstos reconocen que no merecen la salvación, sino que al contrario, merecen la perdición.

El camino ancho conduce a la destrucción (Pr. 16:25). El destino de los que viajan en el camino angosto es el cielo.

El Salvador se presenta como el camino angosto, diciendo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí”* (Jn. 14:6).

Para entrar en el camino ancho y espacioso, uno no tiene que hacer nada, pues todos ya estamos en este camino desde nuestro nacimiento. Para entrar en el camino angosto, necesitamos hacer lo siguiente:

- a. Dejar el camino ancho, renunciando todos nuestros esfuerzos para salvarnos a través de buenas obras o buen carácter.

- b. Arrepentirnos de nuestros pecados.

- c. Creer que el Salvador murió en la cruz como nuestro Sustituto, pagando allí la paga por nuestros pecados.

- d. Entonces, por un acto definido de fe, recibir a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, confiando sólo y únicamente en Él para nuestra entrada en el cielo.

Tan pronto como uno hace esto, está en el camino angosto que conduce a vida. Es salvado del infierno. Es convertido a Dios. Es hecho apto para “*la herencia de los santos en luz*” (Col. 1:12). Está tan seguro del cielo como si ya estuviera allí.

En Lugares Celestiales

¡Sorpresa! Tan pronto como una persona nace de nuevo, en un sentido ya está en el cielo. Pablo escribió a los creyentes en Éfeso diciéndoles que ellos ya habían sido bendecidos “*con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*” (Ef. 1:3). Además, estaban sentados “*en los lugares celestiales en Cristo Jesús*” (Ef. 2:6).

Estas verdades son difíciles de entender para muchos de nosotros. Nos parecen etéreas, místicas, irreales.

Está claro que los lugares celestiales son lo mismo que el cielo, porque en Efesios 1:20 el apóstol dice que los santos están donde Cristo está, sentado a la diestra de Dios. Obviamente Él está en el cielo en este momento.

¿En qué sentido, entonces, están los cristianos en el cielo ahora? Esto se refiere a nuestra posición en Cristo. Es cómo Dios nos considera. La verdad de que ya estamos en lugares celestiales es algo que tenemos que apropiarnos por fe. No es nada que podamos sentir, sino simplemente algo que podemos saber, porque Dios lo ha dicho.

¿Qué efecto práctico debe tener esto en nuestra vida? Significa que debemos ver las cosas desde Su punto de vista. Al mirar nosotros al mundo como algo que está bajo el control del maligno, queremos proclamar el evangelio a los que están pereciendo. No permitiremos enredarnos en los negocios de esta vida (2 Ti. 2:4). Pondremos nuestros afectos en las cosas de arriba, no en las de esta vida (Col. 3:2). En general, intentaremos conducirnos como ciudadanos del cielo (Fil. 3:20a).

Quizá hayas oído de personas que vivían en el cielo antes de llegar allá. En estos casos, es porque ellas apropiaron la verdad de que posicionalmente ya estaban sentadas en lugares celestiales en Cristo Jesús. Entonces procedieron a hacer práctica esta verdad en sus vidas.

Pienso en Corrie Ten Boom y su hermana Betsy, quienes sufrieron humillación incontable y dolor en un campo de concentración nazi. Un día Betsy dijo a Corrie: “Cuando salgamos de aquí, tendremos que hacer algo por esta gente”. Corrie pensaba naturalmente que Betsy hablaba de los demás presos que eran sus compañeros en el sufrimiento. ¡Pero no era así! Betsy se refería a los guardas brutos y los demás que se dedicaban a hacerles a ellas la vida miserable. Corrie escribió después: “Y me preguntaba, no por primera vez, qué clase de persona era esta hermana mía...en qué camino andaba ella mientras que arrastraba yo los pies a su lado”. Betsy estaba viviendo en los lugares celestiales, aunque sus pies físicos pisaban un campo de concentración nazi. Y Corrie también vivía así, a pesar de que decía que no.

Lila Trotman fue otro ejemplo de este estilo de vida de otro mundo. Un día ella miró sobre el lago Schroon, donde su marido en la distancia estaba luchando en el agua para rescatar a alguien. Luego alguien vino a decirle que su marido, Dawson Trotman, se había

ahogado. Su reacción inmediata fue la de citar 1 Samuel 3:18, "*Jehová es; haga lo que bien le pareciere*".

Otra ilustración de una forma celestial de andar tomó lugar durante la segunda guerra mundial. Un creyente nuevo y celoso vino corriendo e informó: "¡Nuestros bombarderos estuvieron sobre el enemigo de nuevo anoche!" El creyente más viejo comentó: "No sabía que la iglesia del Señor tenía bombarderos". Su ciudadanía estaba en otro reino.

El hermano Vernon Schlieff contó acerca de un matrimonio que visitó la iglesia que se congregaba al lado de su granja. Un domingo, cuando estaban recordando y adorando al Señor, la esposa miró por la ventana y vio que su granja estaba envuelta en llamas de fuego. Se inclinó hacia su marido y dijo: "Cariño, nuestra granja se está quemando". Él levantó su cabeza y dijo: "Quieta, cariño, el Señor está en este lugar". ¿Fue insensata o extremada esta respuesta? Realmente no. Él simplemente estaba apropiando la verdad de que donde dos o tres se congregan en el Nombre del Señor, el Señor está en medio de ellos (Mt. 18:20). ¿Qué importa un fuego en una granja cuando estamos en la presencia del Señor? Y si el hombre hubiera salido para apagar el fuego, ¿qué valor tendría una pequeña manguera de jardín contra una granja llena de fuego?

Muerte O Rapto

Aunque es verdad que sólo hay un camino de salvación, un camino por el cual podemos ser hechos aptos para el cielo, hay dos maneras de ser transportados al cielo. Una es por la muerte, y la otra es por arrebatamiento.

Muerte

¿Qué sucede cuando una persona muere? El cuerpo va al sepulcro mientras que el espíritu y el alma van al cielo o a hades, dependiendo de la condición espiritual de la persona. Una de las grandes decepciones en la vida es la de pensar que el cuerpo es la persona. La verdad es que el cuerpo es solamente la casa o tienda donde la persona vive.

Podemos vivir sin el cuerpo. Ni Dios Padre ni el Espíritu Santo tienen cuerpo. Antes de venir a Belén, el Señor Jesús no tenía cuerpo. En la historia del rico y Lázaro, el rico murió y su cuerpo fue sepultado. Sin embargo, él estaba consciente y podía hablar, ver, padecer sed y tormentos, recordar el pasado y estar preocupado por el bienestar eterno de sus cinco hermanos (Lc. 16:28).

El creyente puede existir en tres estados: en el cuerpo, sin el cuerpo, y en un cuerpo glorificado. En 2 Corintios 5, el apóstol Pablo describió estas tres condiciones de esta manera: (1) una tienda, v. 4; (2) desnudo, vv. 3, 5; (3) vestido, esto es, con el cuerpo glorificado, vv. 3-4. El primer estado es bueno, el segundo es mejor, y el tercero es el mejor de todos.

Para los creyentes, la muerte es el mensajero de Dios que nos conduce al cielo. En el momento de nuestra muerte nos hallamos instantáneamente en la casa del Padre, conscientemente disfrutando del Señor Jesús y todas las glorias del cielo. No necesitamos un cuerpo, como tampoco lo necesitó Cristo antes de Su encarnación, o durante aquellos tres días y noches cuando Su cuerpo estuvo en la tumba de José y Él estaba en el cielo con el ladrón que murió creyente.

Varias veces el Nuevo Testamento habla del creyente muerto como durmiendo (1 Co. 11:30; 15:51; 1 Ts. 4:14). Lo cierto es que esta descripción sólo se refiere a nuestro cuerpo. Podríamos escuchar a alguien que vela a un muerto decir: "Parece que duerme". Es el lenguaje de apariencia humana. El espíritu y el alma, esto es, la persona en sí, no duermen. Como hemos visto, si el que murió es creyente, está ahora viviendo con Cristo. Pero nos parece que duerme.

No hay un cuerpo para el intermedio entre la muerte y el arrebatamiento. Algunas personas citan 2 Corintios 5:1 como prueba de que hay un cuerpo intermediario: *“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”*. Estas palabras sólo pueden referirse al cuerpo final, glorificado, porque es *“eterna, en los cielos”*. Esto no sería verdad acerca de un cuerpo provisional. Pero es verdad acerca del cuerpo glorificado que recibiremos en el momento del rapto. Se le describe como: *“no hecha de manos”*. Esta expresión es explicada en Hebreos 9:11 de la siguiente manera: *“no de esta creación”*. En otras palabras, el cuerpo glorificado ha sido diseñado especialmente para el cielo, no para esta tierra.

¿Debe una persona temer la muerte? Depende. Si no es creyente, tiene muchas razones por las que temer. Para esa persona, la muerte tiene aguijón, esto es, el pecado, porque no ha sido perdonado. Irá al encuentro con Dios, para escuchar Su sentencia de eterna perdición.

Por otra parte, los creyentes no tenemos que temer la muerte, aunque no nos gusta pensar en el sufrimiento que la puede preceder. Todos podemos identificarnos con aquel santo anciano que dijo: *“No me importa que el Señor desmonte mi tienda, sólo deseo que lo haga suavemente”*. Aun en el mismo proceso de morir, tenemos la promesa del Señor, que Él nunca nos dejará ni nos abandonará. Y por otra parte, la medicina moderna tiene sedativos tan fuertes que ya no es necesario sentir esos dolores fuertes.

La viuda de un mártir en Ecuador escribió esta poesía para que fuera leída en el funeral memorial de su marido:

El Otro Lado

“Esto no es muerte, es gloria;

No es tinieblas, es luz;

No es tropezar, palpar, ni fe, es vista;

No es tristeza, es ver quitada mi última lágrima;

Es el amanecer, el alba de mi día eterno;

No es orar, es hablar cara a cara,

Y es ver todas las maravillas de Su gracia;

Es el final de pedir fuerzas para aguantar mi dolor;

Ni siquiera vivirá jamás la memoria del dolor;

¿Cómo soportaba la vida terrenal antes de llegar aquí,

Antes de que a mi alma se le concediera su más profundo deseo,

Antes de conocer la gloria de verle cara a cara,

A Aquel que me busco, me salvó,

Y por Su gracia me guardó?

¡Esto no es muerte, es gloria!”¹

En cuanto a la muerte misma, ya no es enemigo, sino amigo. El apóstol nos recuerda que: “*morir es ganancia*” (Fil. 1:21). Esto significa: “*partir y estar con Cristo*” (Fil. 1:23). Así que: “*confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor*” (2 Co. 5:8). Cuanto más tomemos posesión de esta verdad, más anticiparemos entrar en el palacio y ver al Rey en Su hermosura. Así es cómo Juan Wesley pudo decir: “Nuestra gente (los cristianos) muere bien”.

“Luz después de tinieblas, ganancia después de pérdida;

Fuerza después de debilidad, corona después de cruz.

Lo dulce después de lo amargo, esperanza después de temor;

Casa después de vagar, alabanza después de lágrimas.

Gavillas después de sembrar, sol después de lluvia;

Vista después de misterio, paz después de dolor.

Gozo después de tristeza, calma después de turbación;

Descanso después de lucha, dulce descanso por fin.

Cerca después de lejos, resplandor después de sombra;

Amor después de soledad, vida después de la tumba.

Después de larga agonía, rapto y felicidad;

Justo fue el camino que me condujo aquí.

Ahora vienen las lágrimas, pero después la mies alegre;

Ahora viene la labor ardua, pero más allá está el galardón”.

Anónimo

¿Qué de la tristeza de dejar atrás a seres queridos? Esa tristeza es real, pero si ellos son hijos de Dios, la separación será sólo por un poquito de tiempo. No decimos “adiós” sino

“hasta luego”. Si todavía están en sus pecados, podemos orar y pedir que nuestra muerte sea el medio por el cual ellos vengan al Señor. Podemos encomendarles en Sus manos y al poder convincente del Espíritu Santo.

Si vamos a ser realistas, debemos enfrentar la verdad de que podemos ser llamados al cielo por medio de la muerte. Pero hay otra posibilidad: el rapto.

El Rapto

Cerca del año 52 d.C. el apóstol Pablo reveló una verdad que nunca había sido conocida antes. Hablando por inspiración divina, anunció que no todos van a morir. Algunos serán llevados al hogar celestial sin pasar por el valle de sombra. Dijo que los cuerpos de los que murieron en la fe serán levantados, glorificados, y que instantáneamente desaparecerán porque se irán al cielo (1 Co. 15:51-55). Este evento sin precedente se conoce como el rapto, de una palabra latina que significa llevar o arrebatarse.

He aquí algunos de los rasgos esenciales del rapto:

No se sabe el tiempo, lo cual significa que podría suceder en cualquier momento. No habrá señales en los cielos que indiquen su proximidad.

El Señor Jesús mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios (1 Ts. 4:16a). Nota el énfasis en la palabra “*mismo*”. Ésta no es una misión que Él dejará encargada a un ángel. Será una aparición personal del Señor mismo. Su voz de mando llamará a todos los creyentes, muertos y vivos, a la gran reunión en el aire. Puesto que el arcángel está asociado principalmente con el pueblo de Israel (Dn. 12:1; Jud. 9), la mención de su voz puede sugerir que los santos del Antiguo Testamento resucitarán también en este momento. La trompeta de Dios aquí no debe confundirse con la séptima trompeta en Apocalipsis 11. Aquella es una trompeta de juicio, pero ésta es de bendición.

Los cuerpos de aquellos creyentes que murieron en Cristo se levantarán de los sepulcros (1 Ts. 4:16b). Debe estar claro que no hay ninguna resurrección general “en el fin del mundo”, como algunos creen y enseñan. Sólo los cuerpos de los que murieron en fe serán resucitados en este tiempo. Sus almas y espíritus, habiendo vuelto del cielo con el Señor, serán reunidos con sus cuerpos nuevos como el cuerpo del Salvador (1 Co. 15:52-54; Fil. 3:21).

Los santos vivos serán arrebatados con ellos para estar con Cristo en el aire e ir con Él a la casa del Padre (1 Ts. 4:17). “*Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán*” (Is. 51:11).

Todo esto sucederá en un momento, en un abrir y cerrar de ojos (1 Co. 15:52a). Quizá no sea una exageración decir que todo el evento glorioso tomará lugar en un nanosegundo. Los creyentes desaparecerán instantáneamente de vista. Puesto que será así, no hay posibilidad de que los que quedan atrás vean suceder el rapto. No es extraño que ha sido llamado un arrebatamiento secreto.

El Rey En Su Hermosura

La verdad más importante acerca del cielo es que el Señor Jesús estará allí. Ya está allí en esplendor sobresaliente y hermosura más allá de palabras. Su rostro resplandece como el sol en su fuerza. Él está allí como el escogido entre diez mil, el que es todo codiciable. Toda hermosura física y excelencia moral residen en Él.

"El cielo para mi, el cielo para mí;
Jesucristo hará que sea cielo para mí;
Todas las bellezas y maravillas deseo ver,
Pero el Señor es quien lo hará el cielo para mí".

La visión del Señor exaltado es tan excelsa que los escritores tradicionalmente han escogido la poesía y la música en lugar de la prosa para expresar la gloria de Su Persona. Después del mismo Calvario, quizá el tema más frecuente en la poesía cristiana sea esa reunión cara a cara con nuestro Señor en el cielo. Pero aquí aun la poesía falla y las palabras se doblan bajo el peso de los superlativos.

Muchos de nosotros conocemos la letra del himno escrito por C.E. Breck.

"En presencia estar de Cristo,
Ver Su rostro, ¡qué será!
Cuando al fin en pleno gozo,
Mi alma le contemplará".

Un autor desconocido compuso otros versos menos conocidos pero exquisitos:

"No sólo una mirada, sino para siempre,

Estaré para siempre en casa con Él.

En casa, en la gloria celestial,

Donde resplandece el mar cual cristal.

Pero aun allí en aquella gloria,

¿Podrá algo jamás borrar

Aquel momento de momentos, tan excelso,

Cuando por primera vez vea Su faz?"

Fanny Crosby, la poetisa ciega, amaba el meditar sobre el momento cuando su ojos serían abiertos para ver al Señor en Su gloria y esplendor.

"Oh que gozo excelso en mi alma habrá cuando vea Su rostro,

Y la luz de sus ojos tan benignos,

¡Cómo rebosará mi corazón alabando Su bondad, gracia y amor!

Pues con ellos me preparó una mansión celestial".

Otro escritor expresa así su esperanza:

"Oh día glorioso cuando en Su presencia estemos,

Cuando todos los dolores y las tristezas cesen,

Cuando lo más hermoso de la tierra se desvanezca,

¡Y por fin veamos a nuestro Señor!"

El Señor Jesús está en el cielo en un cuerpo real y físico, que Él mismo describió como compuesto de carne y hueso (Lc. 24:39-40).) (No mencionó la sangre, porque fue derramada en el Calvario). Enseñó a los discípulos Sus manos y costado (Jn. 20:20). E invitó a Tomás, el que dudaba, a tocar Sus manos y meter su dedo en Su costado (Jn. 20:27). Es el

mismo cuerpo en que resucitó de la tumba. En cierta manera es similar al cuerpo que recibió cuando entró en el mundo; tiene una semejanza física. El Señor resucitado todavía podía comer. En una ocasión comió pez asado y un panal de miel (Lc. 24:41-43; ver también Lc. 24:30; Jn. 21:12). Podía manejar cosas, hablar, ver y oír. Caminó con dos discípulos tristes en el camino a Emáus (Lc. 24:15).

En otras maneras Su cuerpo era y es distinto. No era sujeto a los límites del tiempo, y espacio y la materia. Podía entrar en un cuarto cuando las puertas y ventanas estaban cerradas (Jn. 20:26). Podía moverse sin aparente esfuerzo físico (Lc. 24:36), apareciendo y desapareciendo cuando quería (Lc. 24:31). Es un cuerpo apto para la vida en el cielo y también en la tierra. Pero la diferencia más notable es que todavía lleva las marcas del Calvario. Después de la resurrección Él enseñó a Tomás y a los demás discípulos aquellas heridas de amor divino (Lc. 24:40; Jn. 20:20, 27). Más tarde Juan le describió en gloria como un cordero inmolado (Ap. 5:6). Piensa en esto. Las únicas marcas de dolor y muerte que habrá en el cielo servirán de recordatorio eterno del precio de nuestra redención. Spurgeon lo expresó así: *

"Oh, si pudiera ver los pies que fueron clavados, tocar las manos que fueron taladradas, mirar la cabeza que llevó las espinas y postrarme ante Aquel que es amor inefable, misericordia inexpresable y ternura infinita. ¡Oh si pudiera postrarme delante Suyo y besar Su rostro bendito!"

"Tus heridas, Tus heridas, Señor Jesús,

Tus heridas profundas mostrarán,

El sacrificio que nos libra,

De egoísmo, muerte e infierno".

C. A. H.

Muchos de nosotros pasamos la vida buscando a una persona perfecta. Hay en nosotros este deseo profundo de conocer a alguien sin tacha. A veces tenemos el privilegio de conocer a personas que tienen características espléndidas; son personas refinadas, benignas, generosas, y tienen cierta gracia social. Pero cuanto más les conocemos, más vemos que tienen algunos fallos, las huellas de la Caída, tal como nosotros. Desvanecen nuestras esperanzas. Pero cuando veamos al Salvador, veremos a Aquel que cumple todos nuestros deseos respecto a la excelencia. Él es el Perfecto Hijo de Dios.

En este mundo es verdad, como dijo Lew Wallace, que la hermosura está en los ojos del que mira. Puede que un hombre que es hermoso para una persona no lo sea para otra. De la misma manera no todos están de acuerdo acerca de qué es lo que le hace hermosa a una mujer. Pero cuando veamos al Señor Jesús en el cielo, no habrá desacuerdo. Todos

concordarán que: “Él es del todo hermoso, del todo codiciable”. En Él se combinará toda la hermosura que hayamos visto en este mundo.

Cuando le veamos, tendremos que exclamar: “¡No se me había dicho la mitad!”

“Por millones de años, con asombro,

Mis ojos Tus hermosuras verán,

Y por siglos sin fin adoraré,

Las glorias de Tu amor”.

Es probable que cuando veamos al Señor nos maravillemos de no haberle amado más, servido mejor y vivido más para Él cuando estábamos en este mundo. El escritor de este himno pensaba así:

“Cuando por fin vea Su rostro,

Hermoso rostro, marcado por espinas,

Cuando por fin vea Su rostro,

Desearé haberle dado más.

Más, tantísimo más;

Más de mi vida que jamás le dí.

Cuando por fin vea Su rostro,

Desearé haberle dado más.

Cuando por fin vea Sus manos extendidas,

Trasadas por clavos, en bienvenida,

Cuando por fin Él extienda Sus manos,

Desearé haberle dado más;

Más, tantísimo más,

Más de mi corazón que jamás le dí.
Cuando por fin Él extienda Sus manos,
Desearé haberle dado más.

Cuando por fin me arrodille a Sus pies,
Hermosos pies, traspasados por clavos,
Cuando por fin me arrodille a Sus pies,
Desearé haberle dado más;
Más, tantísimo más,
Más de mi corazón que jamás le dí.
Cuando al final me arrodille a Sus pies,
Desearé haberle dado más”.

En uno de sus himnos magníficos, Robert Murray McCheyne (1813-1843) anticipaba el tiempo en el que reconoceremos cuánto debemos al Rey de reyes.

“Cuando delante del trono esté,
Vestido en hermosura que no es mía,
Cuando Te vea como realmente eres,
Y Te ame de corazón puro;
Entonces, Señor, comprenderé,
Cuánto Te debo, y Te alabaré”.

Con todo respecto al hermano McCheyne, pienso que ni en la eternidad acabaremos de comprender cuánta es nuestra deuda, porque es infinita.

Es imposible pensar en el cielo sin pensar en el Señor Jesús. John Peterson, escritor de himnos, propuso a una editorial una obra suya acerca de nuestro hogar eterno. Le fue devuelta

con esta sugerencia: “Quita el nombre “Jesús” y agranda un poco más el cielo”. Peterson encontró imposible semejante idea, y dio el himno a otra editorial.

Otro escritor anticipó el cielo con estas palabras:

“Cuando mire la cara desfigurada por mí,
Y toque las manos al madero clavadas,
Y abrace aquel costado herido,
Donde salió sangre al ser traspasado,
Y bese los pies que anduvieron sobre el mar,
Tendré gozo sublime por la eternidad.

Quando me arrodille ante el trono de luz,
Rodeado de gloria cual arco iris brillante,
Y escuche la voz que el mar calmó,
Que paró el viento y demonios ahuyento,
Al oírle hablar, sí hablarme a mí,
Tendré gozo sublime por la eternidad.

Servirle en el hogar de delicias eternas,
Sin falta de vela, porque no hay noche allí,
Cantar con el coro de las huestes celestiales,
Gloria al Padre, Hijo y Espíritu Santo,
Oh, ¡qué maravilla, todo esto para mí!
Tendré gozo sublime por la eternidad.

Anónimo

Otros Residentes

Pero el Salvador no estará solo allí. Con Él en gloria habrá una compañía innumerable de ángeles no caídos, espíritus ministradores que han servido a los herederos de la salvación (He. 1:14; 12:22). Cada creyente tiene uno o más ángeles guardianes. Es razonable pensar que los encontraremos y escucharemos como ellos nos ayudaron a escaparnos de peligros, nos rescataron milagrosamente, estuvieron con nosotros en los momentos más tensos y nos protegieron de peligros que ignorábamos. Aunque su posición es exaltada, estos seres celestiales sólo serán espectadores del gozo de nuestra salvación. Nunca podrán cantar como nosotros los cánticos de los redimidos.

La Iglesia estará allí: la asamblea general e Iglesia de los primogénitos inscritos en el cielo. Estaremos en medio de aquella gran multitud de los que fueron redimidos desde Pentecostés hasta el Rapto. Habrá gente de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Los apóstoles y mártires estarán allí, y también los siervos de Dios desconocidos, que nunca fueron nombrados públicamente, pero que le sirvieron fielmente. Tendremos comunión con Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y con los reformadores, y con Spurgeon y Müller.

¿Podemos estar seguros de que la gente se reconocerá en el cielo? Primero, cierto es que no vamos a saber menos que lo que sabemos ahora. Segundo, Pablo esperaba reconocer a los tesalonicenses en el otro lado; ellos serían su gozo y corona de regocijo (1 Ts. 2:19-20). Anticipaba el gozo mutuo entre él y los corintios en aquel día (2 Co. 1:14). Juan esperaba reconocer a sus hijos en la fe en la venida del Señor. Escribió: *“Y ahora, hijitos [vosotros], permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos [los apóstoles] confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados”*.

Sí, conoceremos como somos conocidos.

Después, aprendemos que Dios el juez de todos estará allí, ya no con el ceño fruncido de la justicia sino con la sonrisa amante de un padre. Esto, por supuesto, da lugar a una pregunta interesante: *“¿Realmente veremos a Dios Padre?”* Por un lado hay versículos que dicen que no será posible. Dios es espíritu (Jn. 4:24) y por lo tanto es invisible. Nadie le puede ver y vivir (Éx. 33:20). Él *“habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”* (1 Ti. 6:16).

Sin embargo, aunque la gente en el Antiguo Testamento no vio a Dios en Su gloria plena, sí que vio apariciones Suyas. Moisés y los nobles de los hijos de Israel *“vieron al Dios de Israel”* y no fueron destruidos (Éx. 24:10-11). Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios, se le permitió ver Sus espaldas pero no Su rostro (Éx. 33:18, 23). Cuando la ley fue dada en el Monte Sinaí, el Señor mostró *“su gloria y su grandeza...en medio del fuego”* (Dt. 5:24). Isaías vio al Rey, a Jehová de los ejércitos (Is. 6:5). Pero de nuevo enfatizamos que estos eran grados inferiores de gloria divina, no su plena revelación.

Ahora bien, añade al tema el hecho de que Job confiaba que iba a ver a Dios (Job 19:26), y el Salvador prometió que los puros de corazón verán a Dios (Mt. 5:8).

Debemos agregar otra consideración a esta cuestión. El Señor Jesús dijo: “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn. 14:9). El apóstol Juan dijo: “*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*” (Jn. 1:18). Esto significa que el Señor Jesucristo nos ha revelado plenamente al Padre. Si queremos saber cómo es el Padre, todo lo que tenemos que hacer es mirar al Hijo. Así que, cuando lleguemos al cielo y veamos al Hijo, habremos visto al Padre. Esto puede explicar cómo Job verá a Dios y los puros de corazón le verán.

Un incidente en un campamento me enseñó a no ser demasiado dogmático sobre este tema. En una sesión de preguntas y respuestas, un joven estudiante me preguntó: “¿Veremos a Dios cuando lleguemos al cielo?” Con gran aplomo repasé teológicamente los pros y contras del tema, como acabo de hacer ahora. Pero él no estaba satisfecho. Quería una respuesta “sí” o “no”. De nuevo recurrí a los razonamientos intrincados que acabo de apuntar. Pero él todavía no se daba por satisfecho; y por tercera vez me hizo la misma pregunta. Al final le dije: “Mira, con los ojos que tenemos ahora, no veremos a Dios porque Dios es espíritu y el espíritu es invisible”. Entonces él me contestó en tono triunfal: “Quizá cuando lleguemos al cielo tendremos ojos más grandes”. Allí terminó la conversación.

Volvamos ahora a los demás residentes del cielo. Los santos del Antiguo Testamento estarán allí: “*los espíritus de los justos hechos perfectos*”. Sus espíritus fueron hechos perfectos cuando creyeron al Señor; y ahora sus cuerpos también serán hechos perfectos.

Nos sentaremos a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, así también con José, Moisés, Elías y David. Será el tiempo para buscar las respuestas a muchas de nuestras preguntas, y comprender mejor las Sagradas Escrituras. Pero, ¿cómo podremos reconocer a personas que no hemos visto jamás? ¡No será problema! Lo haremos del mismo modo en que Pedro, Jacobo y Juan reconocieron a Moisés y Elías en el monte de la transfiguración (Mt. 17:1-5).

Todos los redimidos de todas las épocas estarán allí, y cantarán las alabanzas de Aquel que nos ama y nos lavó de nuestros pecados en Su sangre (Ap. 1:5).

Será glorioso ver de nuevo a nuestros seres queridos. Fue triste nuestra despedida a la orilla de la muerte, pero nuestra reunión con ellos será una recompensa más que suficiente.

“Oh, que saludos más gozosos, en la orilla de Canaán,

Las amistades cortadas serán reparadas, y jamás se dirá “adiós”.

Con gozo relucirán, ojos que antes derramaron lágrimas,

Los huérfanos de padre ya no carecerán, ni viudas desoladas habrá”.

Henry Alford

Al disfrutar de comunión en la tierra de Emanuel, nos conoceremos en mejores condiciones que las que hemos pasado aquí. Espero que habrá un grupo de personas para darnos la bienvenida, esto es, los que fueron ganados para Cristo a través de nuestro servicio dedicado y nuestra mayordomía fiel. ¡Qué gozo dará oír a alguien decir: “Fuiste tú quien me invitaste aquí”!

“Y cuando en la mansión más allá,

Vea a los santos en mi derredor,

Quisiera oírle a alguien decir:

Fuiste tú quien me invitaste aquí”.

Anónimo

Prohibido El Paso

Éste es un capítulo triste. Es una lista de los que serán excluidos para siempre de los atrios del cielo. Los que no van a entrar pueden encontrar la razón en una de las siguientes categorías. La lista es completa (Ap. 21:8). Mucha gente piensa que tendrá que esperar hasta que muera para saberlo, pero no es así. La razón está aquí mismo.

En primer lugar, encabezando la lista, están los *cobardes*. Estos son los que hicieron caso de sus temores y dudas, y rehusaron confesar a Jesucristo como su Señor y Salvador. Les importaba más el “qué dirán”, lo que pensarían sus parientes, en lugar de lo que piensa Dios acerca de ellos. Tenían miedo de cómo reaccionaría su madre o padre, si se declararan cristianos. Amaron la alabanza de sus amigos en lugar de la alabanza de Dios (ver Jn. 12:43). Observa que éstos aparecen en la lista juntos con los pecadores escandalosos, los que son culpables de hechos sobremanera malos.

Entonces están los *incrédulos*. Puede que fueran buenos vecinos, gente moralmente recta, pero que rehusaron arrepentirse y creer en el Salvador. Quizá confiaban en sus buenas obras, su religión, o en su personalidad simpática para ganarles admisión en las puertas celestiales. Pero no aceptaron a Jesucristo como su Sustituto, ni confiaron únicamente en Él como quien murió para pagar por sus pecados. Se consolaron con la vana esperanza de que un Dios de amor no les rechazaría. Así fue que no aceptaron el único camino de salvación que Dios ha provisto.

Los *abominables* son los pecadores que se involucraban en prácticas que disgustan, hechos degradados y despreciables a los ojos de Dios. La idolatría y la inmoralidad que la acompaña es una abominación (Mt. 24:15). Así también es el amor al dinero (Lc. 16:14-15). Hay siete cosas que abomina el Señor. “*Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre los hermanos*” (Pr. 6:16-19).

Los siguientes en la lista son los *homicidas*, los que violan el sexto mandamiento. El Señor Jesús amplió el sentido del homicidio para incluir el airarse contra un hermano (Mt. 5:21-22). El apóstol Juan agregó a esto el odio: “*Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él*” (1 Jn. 3:15).

A esta lista ahora es añadida la *inmoralidad sexual*. Este término es una descripción general que incluye a los fornicarios, los adúlteros, los homosexuales, las lesbianas, en fin, todos los que practican el sexo fuera del matrimonio. La sabiduría del mundo dice que estos comportamientos son simplemente alternativas, cuestiones de cultura, o quizá como mucho, son enfermedades. Dios dice que son pecado. En estos tiempos no es políticamente correcto

condenar semejantes cosas, pero Dios dice que impedirán que los que los practican entren en el cielo, y los condenarán al lago de fuego.

Luego están los *hechiceros*. Este término incluye a los que se involucran en prácticas ocultas: adivinación, espiritismo, comunicarse con los muertos, y los horóscopos (empleando los signos del zodiaco). Se refiere a todas las formas de astrología, numerología y hechicería. Los ocultistas emplean cosas tales como la bola cristal, las cartas Tarot y la tabla Ouija. La Palabra de Dios es clara:

"No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos" (Dt. 18:10-11).

Los séptimos en la lista son los *idólatras*. Primeramente pensamos en los que adoran y rinden culto a las imágenes de talla o los iconos. Existe un enlace entre la idolatría y los demonios. El apóstol Pablo afirma que cuando la gente ofrece sacrificios a los ídolos, los ofrece a los demonios (1 Co. 10:19-20). Pero en un sentido más amplio, un ídolo es cualquier cosa o persona que toma el lugar del Señor en el trono del corazón.

Venimos ahora a los *mentirosos*. Éstos son engañadores compulsivos; practican la mentira como parte de su vida. Como resultado, encuentran sus nombres en el registro de los condenados. Puede que la gente tome a la ligera la mentira, pero Dios no piensa así.

En Apocalipsis 22:15, Juan da otra lista de los que estarán fuera, esto es, los excluidos del cielo. Aquí él omite las palabras "*cobardes*", "*incrédulos*" y "*abominables*" y añade la palabra "*perros*". Este término se usa en Deuteronomio 23:18 con respecto a los varones prostitutos (homosexuales). Puesto que los perros eran inmundos bajo la ley de Moisés, la palabra se usa para hacer referencia a la inmundicia de las vidas de estos hombres.

¿Significa esto que la gente que es culpable de estos pecados no puede ser salvada en este tiempo? No, por cierto. Si se arrepienten de sus pecados y en fe doblan sus rodillas en el nombre de Jesucristo, lavando así sus ropas en la sangre del Cordero, Dios les perdonará y les hará aptos para el cielo. Pero si mueren sin arrepentirse y sin creer en el Hijo de Dios, escogen pasar la eternidad con las gentes como Nerón, Hitler y Stalin.

La Maravilla Central

Si la atracción central del cielo es que el Salvador está allí, la maravilla central es que nosotros los redimidos también estaremos allí. Aunque somos todos pecadores impíos, indignos de la más pequeña de Sus misericordias, estaremos allí, de toda tribu, nación, pueblo y lengua, como trofeos eternos de la maravillosa gracia de Dios. Los creyentes de todas las edades, limpiados por la sangre del Cordero, estarán vestidos de ropas blancas de salvación. Una canción antigua lo expresa bien:

"Maravilloso Salvador, maravilloso Amigo,

Maravillosa vida que nunca terminará,

Maravilloso lugar que Él fue a preparar,

¡Maravilla de maravillas, yo estaré allí!"

Estaremos allí en cuerpos glorificados, tal como el cuerpo glorificado del Salvador resucitado. No habrá arrugas, ni verrugas, cicatrices ni nada semejante. A.T. Pierson comenta así:

"Piensa en esto: cuando el ojo omnisciente nos mire al final, no hallará nada que a Su santidad inmaculada sea siquiera como una peca o grano en el rostro humano. ¡Es increíble!"

F. W. Grant observa:

"No habrá marcas de vejez, ni defecto; nada menos que la flor y eternidad de una juventud eterna le podrá satisfacer; la frescura de los afectos que nunca se cansarán y que no podrán decaer. La Iglesia entonces será santa y sin mancha".

Una de las metas finales que Dios ha preparado para nosotros es el cuerpo glorificado, cuando lo mortal sea absorbido por la vida (2 Co. 5:4-5). Esto tomará lugar en el rapto, cuando los cuerpos de todos los que han muerto en Cristo serán resucitados. Es una fase de la resurrección de los justos.

Esta palabra: “resurrección”, siempre se refiere al cuerpo, nunca al alma ni al espíritu. El mismo cuerpo que es acostado en la tumba será levantado, pero será levantado en una forma diferente. Esto puede ilustrarse con una semilla y la planta que crece de ella. Existe una conexión vital entre las dos, pero son distintas. Hay relación sin semejanza. Una semilla puede carecer de atractivo y aparentemente no promete mucho, pero la flor que crece de ella puede exceder la gloria de Salomón.

Así que nuestros cuerpos son sembrados en corrupción. Son perecederos, decaen y vuelven al polvo. A menos que sean embalsamados, tienen que ser sepultados pronto. Pero serán resucitados en incorrupción, libres para siempre del deterioro y la podredumbre.

Nuestros cuerpos son sembrados en deshonra. El funerario puede usar la cosmética para pintar la cara y alterar la apariencia de la muerte, pero sigue siendo verdad que un cadáver no es atractivo ni admirable. En cambio, el cuerpo resucitado brillará en esplendor.

Nada puede ser más débil que un cuerpo muerto. Es impotente para cualquier cosa. Pero en la resurrección aquel cuerpo será capaz de hechos físicos y mentales que ahora son impensables.

Sembramos un cuerpo natural, pero al ser resucitado es un cuerpo espiritual. El cuerpo natural con sus limitaciones es apto para vivir en nuestro ambiente natural. El cuerpo espiritual, aunque tangible, será apto para vivir en el cielo y también en la tierra. ¿Cómo podemos saber esto? Porque el Señor Jesús vivía en este mundo en Su cuerpo espiritual después de Su resurrección, y ahora vive en el cielo en este mismo cuerpo.

Nuestros cuerpos ahora son mortales, esto es, sujetos a la muerte. Seremos levantados en inmortalidad, sin la posibilidad de morir jamás.

¿Qué más sabemos acerca de nuestro cuerpo de resurrección? Sabemos que será como el cuerpo glorificado del Señor Jesús. *“Cristo...transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya...”* (Fil. 3:21). Nuestro cuerpo brillará con esplendor. *“Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Ro. 8:18). Pablo lo describe así: *“cada vez más excelente y eterno peso de gloria”* (2 Co. 4:17).

En otro lugar Pablo escribe: *“Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”* (1 Co. 15:48-49)

En 1 Juan 3:2 leemos: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”*. Una mirada al Salvador nos transformará a Su imagen. Aunque cada cual tendrá su propia identidad física, todos seremos como Él en el sentido de la perfección espiritual, moral y física. No obstante, nunca compartiremos los atributos incommunicables de Dios, tales como la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia.

Recuerdo lo que Andrew Bonar escribió una vez. Había enviado a Spurgeon un ejemplar de su libro sobre Levítico, que acabará de ser publicado. Spurgeon estaba tan contento que le devolvió el libro con una nota que decía: “Dr. Bonar, por favor, dedíqueme el libro e incluya una foto suya”. El Dr. Bonar hizo como Spurgeon le había pedido, y añadió esta nota: “Querido Spurgeon, he aquí el libro con mi firma y foto. Si hubiera estado dispuesto a esperar un poco más, habría tenido una vista mejor de mí, porque seré como Él es. Le veré tal como Él es”.

El cuerpo resucitado será un cuerpo de carne y huesos, pero no de carne y sangre, porque *“la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios”* (1 Co. 15:50). Conoceremos como somos conocidos, esto es, nos reconoceremos los unos a los otros: *“Ahora conozco en parte, pero entonces...”* (1 Co. 13:12). No tendremos los límites de tiempo, espacio o materia; podremos movernos sin esfuerzo de lugar en lugar, y aparecer o desaparecer cuando queramos. Alguien ha sugerido que en lugar de los cinco sentidos que tenemos ahora, entonces tendremos cincuenta.

Tendremos mentes que ya no estarán afectadas por el pecado. Roberto Davis se regocijó en esta verdad cuando se dio cuenta de que estaba siendo atacado por la enfermedad de Alzheimer. Escribió:

“Ciertamente, una de las primeras cosas que recibiremos será una mente nueva. ¡Cuánto lo anhele. Ahora mi mente está cada vez más confusa y olvidadiza, y anhele tenerla más despejada. Ya no puedo leer y recordar con precisión, y esto me frustra. Mi cociente de inteligencia está bajando constantemente, y me encuentro en circunstancias humillantes. Tengo añoranza de mis viejas vistas mentales y de mis viejas memorias. Para mí, aprender siempre me ha sido un gozo, y me gustaría poder explorar nuevas sendas mentales”.

Por fin seremos santos. ¿No anhelas el tiempo en el que jamás vuelvas a pecar? Nunca más entristeceremos el corazón de Cristo con nuestra tendencia a vagar. No habrá jactancia en el cielo; ninguno de nosotros dirá que llegó a las puertas de perlas a través de nuestros esfuerzos o carácter. No habrá envidia, críticas ni chismorreos. Nunca más la lujuria nos afligirá. Todas las manifestaciones de la carne darán lugar al fruto del Espíritu: *“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...”* (Gá. 5:19-23). El Señor nos presentará *“sin mancha delante de su gloria con gran alegría”* (Jud. 24).

La tristeza, los suspiros, las lágrimas y el llorar no serán conocidos, ni la angustia de perder a un ser querido, ni la congoja de los hijos rebeldes o pródigos, ni la tristeza de un matrimonio desecho. Dos veces el Espíritu de Dios nos recuerda que: *“Dios enjugará toda lágrima”* (Ap. 7:17; 21:4).

“Dios toda lágrima enjugará,

Alguna mañana gloriosa, brillante,

Al final del viaje, al final del trayecto,
No más dolor, lágrima ni muerte,
En aquel hogar eterno y feliz,
Cesarán las pruebas, habrá paz,
Cuando por fin veamos Su faz”.

Norman Clayton

La vida será libre de tensión, confusión y agitación. Las crisis de nervios y los problemas emocionales quedarán en el pasado para siempre. Nadie recetará drogas como Prozac.

No habrá microbios ni virus que afectan nuestros cuerpos glorificados. No nos plagarán el cáncer ni problemas de corazón. El cielo no tendrá necesidad de ningún botiquín, ni UVI, ni radiografías, ni sistemas artificiales para mantener la vida. Si hubiera hospitales allí, todas las camas estarían desocupadas, y los médicos y las enfermeras estarían parados, desempleados. Nunca más tendrá nadie que mirar mientras que su esposo o esposa se hunde en la enfermedad de Alzheimer.

“...*Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*” (Ap. 21:4). ¿Puedes imaginar cómo será tener un cuerpo totalmente resistente al dolor? Nadie experimentará el sufrimiento de la artritis, piedras en los riñones, ni dolores de muelas.

Las huestes redimidas del cielo no tendrán hambre ni sed, “*porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida*” (Ap. 7:17). Esta promesa produce gozo y anticipación especial para las personas que han padecido hambre y escasez de agua en esta vida. Pero también se aplica a los que han tenido hambre y sed de santidad, justicia y la venida del Salvador.

En el cielo el sol no quemará a nadie, ni su calor oprimirá a nadie. Si tomamos esto literalmente, significa que no habrá insolación. Pero podría significar también libertad del ardor de la tentación y del fuego de persecución.

A la diestra de Dios disfrutaremos lo que nunca pudimos hallar aquí en este mundo: plenitud de gozo y placeres para siempre (Sal. 16:11).

“*El postrer enemigo que será destruido es la muerte*” (1 Co. 15:26). ¡Y qué enemigo nos ha sido éste! Piensa en los padres que han llorado al lado de la tumba de sus hijos, o las multitudes sumergidas en profunda tristeza por los desastres como el Titanic, los bombardeos y los atentados. Recuerda las guerras que han diezmando poblaciones, y las atrocidades como el Holocausto. ¡Cuán aptas son las palabras de las Escrituras: “*reinó la muerte*” (Ro. 5:14, 17)! Pero ese reino será terminado abrupta y finalmente, y en el cielo gozaremos de la vida que es eterna.

Cuando estemos allí con Él, en gloria y en cuerpos glorificados, esta será la culminación del plan de Dios para las edades. Él estará satisfecho (Sal. 116:15). Mirádonos con aquellos ojos radiantes y benignos, el Salvador se regocijará y nosotros también. Él verá el fruto de la aflicción de Su alma, y quedará satisfecho (Is. 53:11). Y nosotros estaremos satisfechos cuando veamos Su faz en justicia, cuando despertemos a Su semejanza (Sal. 17:15).

“Él y yo en aquella gloria, un gozo compartiremos,

El mío, de estar con Él para siempre,

El Suyo, de tenerme allí”.

Frances Bevan

El Cielo: Un Lugar de Progreso

Con demasiada frecuencia la gente se imagina que el cielo será un lugar no sólo de descanso sino además, de inactividad, algo como unas vacaciones que nunca terminan. Un cristiano joven dijo: “Pienso que el cielo será aburrido, todo el día sentados en una nube tocando el arpa”. ¿A quién le gustaría ir a un lugar tan soso y aburrido? ¿A quién le gustaría ser eternamente tumbado en un sofá”?

La verdad es que el cielo es un lugar de interminable progreso, crecimiento y revelación. Las palabras de Pablo en Efesios 2:7 indican esto: *“para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”*. Esto significa que durante la eternidad Dios nos estará enseñando lo que le supuso enviar a Su Hijo a morir por nosotros en el Calvario. Si Él va a estar enseñando, obviamente nosotros estaremos aprendiendo. Sí, el cielo será una escuela donde Dios será el maestro y todos los redimidos los alumnos. El curso durará la eternidad. con la Biblia como texto, la multitud de los redimidos se matriculará en la asignatura: “la gracia y bondad de Dios”. El tema es infinito, desde luego.

Personalmente anticipo que habrá otras asignaturas. La misma Biblia, siendo un libro infinito y eterno, será la base de un sin fin de estudios. A penas hemos rascado la superficie en esta vida. Hay tesoros en las Escrituras que maravillarán nuestras almas en el otro lado. Hay misterios inexplicables ahora que entonces se aclararán.

Es posible que cuando lleguemos al cielo, veamos desplegado delante nuestro todo el panorama de historia bíblica. ¿Te gustaría ver lo que sucedió cuando Dios habló e hizo existir los mundos? A mí, sí. ¿O cómo era el huerto de Edén antes de ser arruinado por el pecado? Quizá te gustaría ver el arca de Noé flotando pacíficamente por encima de las montañas más altas? ¿Cómo sería ver aquella escena conmovedora en el monte Moriah cuando Abraham llevó a Isaac para sacrificarlo en holocausto a Dios? ¡Mira! He allí los hijos de Israel pasando el mar Rojo y detrás suyo vienen las tropas de Faraón, persiguiéndoles. Otra escena será cuando se dio la ley en el monte Sinaí, con relámpagos terribles. Después verás al pueblo de Judá cautivo en Babilonia.

Al venir al Nuevo Testamento, veremos Belén con el letrero “completo” en el mesón, y más tarde, al Señor Jesús predicando el Sermón del Monte. Getsemaní aparece, lleno de pasión indescriptible. Pero lo más conmovedor, por supuesto, sería ver la escena del Calvario tal como sucedió, y al Señor Jesús colgado en la cruz, llevando los pecados del mundo. Luego quizá veremos la mañana de la resurrección, y el Cristo resucitado y apareciendo primero a las mujeres, y luego a los demás. De momento tenemos nuestro propio concepto mental de lo que sucedió en aquellas ocasiones, pero no concuerdan. En aquel día veremos las versiones auténticas.

Piensa así. Los rayos de luz que alumbraron estos sucesos están en algún lugar en el universo. Verdad es que han sido revueltos y distorsionados de modo que ya no se pueden

reconocer. Pero si Dios puede traer y formar de nuevo los cuerpos de los que han muerto en la fe, ¿le sería imposible recuperar la luz de los eventos de Génesis a Apocalipsis para que los veamos? Por supuesto que lo puede hacer. Pero no tendría que hacerlo. Simplemente podría tocar el botón “play”, por así hablar, y el panorama se desplegaría delante de nuestros ojos.

Cuando desde la calle miramos un desfile, sólo vemos lo que pasa delante nuestro de momento. Pero si pudiéramos colocarnos en un edificio alto, veríamos todo el desfile de principio a fin. En el cielo estaremos a una altura suficiente para revelar todo el desfile de la historia, desde la creación hasta los cielos nuevos y la tierra nueva.

Por otra parte, considera esto: La luz viaja a la velocidad de 299.790 kilómetros por segundo. La vista histórica de lo que está sucediendo ahora tardará aproximadamente 1.660 años luz en llegar a Orión. Otra forma de decirlo es, si miramos Orión ahora, lo que vemos es historia, algo del pasado en lugar de eventos corrientes. De hecho, si pudiéramos estar en Orión y mirar la tierra con un telescopio potente, podríamos ver a Alejandro Magno en su cenit (338-328 a.C.). O si pudiéramos mirar desde un lugar a una distancia de entre 2.000 y 2.100 años luz, podríamos ver la vida y los tiempos del Señor Jesús.

O piensa así en el asunto. El tiempo, tal como lo conocemos, no existirá en el cielo. Nuestro calendario se basa en el hecho de que la tierra gira alrededor del sol cada 365 días, 5 horas y 48 minutos. esta relación no estará en vigor en el cielo. Quizá no habrá pasado ni futuro, sino sólo un eterno presente. Si es así, esto significa que el Calvario y los demás sucesos bíblicos serán contemplados como una realidad siempre presente.

Si esto parece demasiado complicado, simplemente maravíllate con el hecho de que la Biblia que hasta ahora has conocido en blanco y negro, posiblemente entonces será vista a todo color en el cielo.

Los Milagros de la Creación

En la escuela del cielo es de esperar que el Señor nos enseñe las maravillas de Su creación natural. Ahora vemos y entendemos muy poco, por ejemplo, las dimensiones del universo estelar. ¿Quién puede dudar que: “en cuerpos resucitados, sin las cadenas de la gravedad, los redimidos del Señor tendrán una eternidad para explorar lo infinito del espacio... por fin el hombre llegará a las estrellas”?

Adoraremos al Señor por las maravillas del cuerpo humano: voz, vista, oído, tacto, gusto, olfato. también por el corazón y el sistema circulatorio, la estructura del esqueleto, los músculos, el sistema nervioso, y por los logros maravillosos del cerebro humano. Tendremos respuestas a nuestras preguntas acerca de la mente, el alma y el espíritu, cosas que nunca hemos llegado a entender ni apreciar correctamente.

Al contemplarla desde el cielo, aprenderemos cuán perfectamente apta la Tierra era para los seres humanos: la presencia del agua, la atmósfera perfecta, la perfectamente ajustada rotación del planeta que produce las estaciones del año.

Tendremos una nueva apreciación de cómo Dios provee alimentos para todas Sus criaturas. ¡Qué maravilla de logística! Veremos lo poco que sabíamos acerca de la formación de un niño en el vientre de su madre.

Y preguntaremos atónitos cómo un pueblo racional jamás podía creer que todo sucedió mediante algo como la evolución, ¡la idea absurda de que detrás de todo diseño intrincado no hubo diseñador!

La Providencia Divina

Por fin podremos mirar detrás de las escenas de la historia y ver cómo Dios estaba obrando para el bien de los que le aman. Comprenderemos la cronología y la secuencia de los hechos que en su momento nos parecieron abstractos. Entonces veremos claramente que nada sucedió al azar, que no hubo accidentes, y lo que nos había parecido coincidencia era en realidad providencia divina. Las cosas que no se realizaron, resulta que fue así por diseño divino. Todo lo que nos pareció equivocado o desafortunado estaba bien.

En el cielo veremos cómo fuimos protegidos por el ejército invisible de Dios. Seremos como aquel hombre de los días de Elías, que cuando el Señor abrió sus ojos, vio la montaña llena de carros y caballos (2 R. 6:17). Estará claro que los que estaban con nosotros eran más que las huestes de Satanás desplegadas en nuestra contra.

Será una revelación de cómo Dios guiaba a Su pueblo, cómo usó las tormentas para Sus propósitos, cómo proveyó las necesidades de la vida y cómo hizo a la ira del hombre alabarle. Veremos cómo los hilos oscuros del tapiz divino de nuestras vidas eran tan necesarios como los de plata y oro, en Su plan para nuestras vidas.

Y por fin veremos resuelto perfectamente el misterio del sufrimiento.

"No ahora, sino en años venideros,

Sí, en la tierra mejor,

Leeremos el sentido de nuestras lágrimas,

Y allí, por fin, entenderemos.

Tomaremos los hilos rotos,

Y terminaremos lo que aquí comenzamos,

El cielo los misterios explicará,

Y entonces, allí, entenderemos.

Sabremos porqué estaban las nubes,

Sobre muchos planes nuestros,

Porqué cesó el cántico apenas comenzado,

Allí, en aquel día, entenderemos.

Porqué lo que más deseamos,

A menudo elude nuestras manos,

Porqué caen castillos y colapsan esperanzas,

Allí, arriba, un día, entenderemos.

Dios conoce el camino, la llave tiene Él,

Con mano inerrante nos guía,

Sin lágrimas veremos un día,

Sí, allí, arriba, entenderemos”.

Maxwell N. Cornelius

Tiempo de Testimonio

También veremos las maravillas de Dios en la redención. Escucharemos testimonios fascinantes de todos los que han sido salvos por la maravillosa gracia de Dios. Cada uno tendrá una cosa en común con los demás: todos habrán sido salvos por la gracia mediante la fe en el Señor Jesucristo. Pero cada uno será distinto en cuanto a los pasos por los cuales fue atraído al Señor. “Unos por las aguas, otros por inundación, otros por fuego, pero todos por la sangre”.

Los que antes eran ateos y agnósticos contarán cómo nunca hallaron paz hasta que la hallaron en Cristo. Los críticos relatarán cómo intentaron desacreditar la Biblia, pero acabaron siendo sus defensores más tenaces. Escucharemos cómo vidas de borrachera y perversión fueron transformadas en santidad.

Los grandes mártires cristianos estarán allí con los salvos de la Reforma, redimidos por la sangre preciosa de Cristo. Los que antes eran budistas, hindúes y musulmanes contarán las circunstancias maravillosas por las que escucharon el evangelio y respondieron.

No muchos de los sabios, fuertes y nobles de este mundo estarán allí, pero habrá multitudes de gente común que escuchó de buena gana la Palabra. Los que antes eran católicos y protestantes, clero y laico, comunistas y capitalistas, testificarán acerca de cómo experimentaron convicción de pecado y se volvieron al Salvador para recibir de Él el perdón.

Habrán testimonios de conversiones de jóvenes, y otros de ancianos que fueron salvados poco antes de morir. Una persona explicará cómo creyó la primera vez que escuchó el evangelio, y otra explicará cómo se rindió a Cristo después de años de huir de Él.

“Todos estos eran pecadores,

Inmundos delante de Él.

Ahora en vestiduras blancas,

Se unen en alabanza”.

A. T. Pierson

El cielo retumbará con los testimonios de la gracia de Dios que convence y convierte.

Otras Revelaciones

Veremos mejor el enlace entre lo material y lo espiritual. Durante Su ministerio terrenal, el Señor Jesús continuamente sacó lecciones espirituales de lo natural.

“Habló del césped, el viento y la lluvia,

De higueras, y de tiempo agradable,

Y fue una delicia para Él,

Juntar el cielo y la tierra.

Habló de lirios, vides y maíz,
El gorrión y el cuervo,
Y palabras tan naturales y sabias,
En corazones humanos fueron inscritas.

De levadura en pan, lino y tela,
Huevos, pescado y velas,
¡Ved cómo todo el mundo familiar,
Con destreza divina maneja!”

T. T. Lynch

En este mundo se nos dio un vistazo de estas cosas. Pero en el cielo nos daremos cuenta de que todo predicaba una lección espiritual, si sólo hubiéramos tenido oídos para oír.

¿Es posible que al llegar al cielo aprendamos que Dios tenía otros programas en marcha en otros lugares aparte de la Tierra? No se me malentienda. La Tierra es el único planeta que tiene vida como la conocemos. Es el único lugar donde Dios planeó la redención de la humanidad. Sólo en la Tierra fue erigida la cruz. En estos sentidos nuestro planeta es único. Pero un Dios tan grande como el nuestro podría muy bien tener otros programas en otras esferas. En la Biblia encontramos referencias breves a principados y potestades, gobernadores (huestes) en lugares espirituales. No hay nada en la Biblia que prohíba la idea de que los propósitos de Dios sean llevados acabo en el espacio intergaláctico. Esos planes, si existieran, por supuesto que no tendrían nada que ver con nuestra salvación.

El científico Henry Morris escribe:

“¡La realidad detrás de todo este *“terror y grandes señales del cielo”* (Lc. 21:11) sólo puede ser porque realmente hay vida en el espacio! Pero estos habitantes vivos de las esferas celestiales no son ni super hombres en naves espaciales, ni glóbulos de protoplasma en fase de evolución. Al contrario, son *“...ángeles poderosos en fortaleza”* (Sal. 103:20), *“espíritus ministradores , enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”* (He. 1:14), esto es, los ángeles de Dios. También existe en los cielos una gran hueste de ángeles rebeldes que siguen a *“la serpiente, llamado diablo y Satanás, que engaña al mundo entero”* (Ap. 12:9).”⁴

Será un tiempo glorioso. Con nuevo entendimiento, todos confesaremos: “En cuanto a Dios, su camino es perfecto”. Samuel Medley (1738-1799) lo expresó bien en su himno:

“Todos los santos nos uniremos a cantar,

Nuestro Jesús todo lo ha hecho bien”.

El Lugar

Hay una palabra que describe al cielo mejor que cualquier otra: gloria. De hecho, a veces es empleada como sinónimo para el cielo (Sal. 73:24; Col. 3:4; He. 2:10). El lenguaje humano no alcanza describir su esplendor, así que Dios emplea objetos de magnificencia y elegancia para comunicar una idea, aunque débil, de nuestra patria. Por supuesto que Él tiene cuidado de no revelar demasiado, porque entonces estaríamos tan ansiosos por salir de este mundo que no estaríamos dispuestos a cumplir nuestros deberes cotidianos. Así que, tendremos que estar satisfechos con esto: *“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”* (1 Co. 2:9).

Al pensar en la gloria, podríamos recordar las bodas de los ricos y famosos, las coronaciones de realeza o las ceremonias del comienzo de los juegos olímpicos. Por hermosos que sean estos sucesos, hay una gloria que los excede a todos.

“Piensa...

En pisar la orilla, y descubrir que es el cielo,

En tomar una mano, y hallar que es la mano de Dios,

En respirar aires nuevos, y saber que son celestiales,

En sentir vigor, y encontrar que es la inmortalidad,

En pasar de tormenta y tempestad, a la gran bonanza eterna,

En despertar, y hallarte en la gloria”.

Autor desconocido

Los capítulos de la Biblia más consultados para saber cómo será en cielo son los dos últimos de Apocalipsis. Realmente estos capítulos describen la santa ciudad, la Nueva Jerusalén. Pero somos justificados al usar estos capítulos como una referencia al cielo, porque lo que es verdad acerca de una parte (la ciudad celestial) es también verdad acerca de la totalidad (todo el cielo).⁴ Esto será en la eternidad, porque el primer cielo y la primera tierra habrán pasado. Se contempla la ciudad como descendiendo del cielo, de Dios, como una novia adornada para su esposo.

Inmediatamente nos impresiona la abundancia de oro. En un lugar Juan dice que la ciudad es como oro puro, semejante al vidrio limpio (Ap. 21:18). Entonces dice que la calle es de oro puro, transparente como vidrio. Aquí tenemos varios puntos interesantes. Primero, todo el oro que ha sido minado en el mundo sólo llenaría 17.68 metros cúbicos. estamos hablando de sólo 115.000 toneladas métricas. El oro abunda en el cielo. Segundo, el oro de allí es transparente. Nuestro oro es puro cuando es de 24 quilates, pero no es transparente. La definición celestial del oro debe ser distinta a la nuestra; el oro del cielo es sobremanera puro. Tercero, los valores del cielo son distintos a los de la tierra. Lo que los seres humanos valoran como dinero y joyas es como cemento o asfalto en el cielo. Lo que para un joyero aquí es un tesoro, en el cielo ocupa el lugar de ladrillos, madera y cemento.

Las murallas y puertas de una ciudad normalmente son hechas para protección. En el cielo no habrá necesidad de sistemas de seguridad. Las puertas no se cierran nunca. Al contrario, son diseñadas para ser un adorno hermoso. Por ejemplo, cada una de las doce puertas es una gran perla, donde está grabado el nombre de una de las tribus de Israel.

Las murallas son de jaspe y tienen doce fundamentos. Cada fundamento tiene el nombre de uno de los apóstoles y está decorado con joyas de varios colores. Han sido cortadas y limpiadas, y ahora relucen radiantemente, reflejando la luz de la gloria de Dios.

Ésta es la única ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Existe en gran contraste a las ciudades del mundo, llenas de contaminación y un sin fin de otros problemas.

Allí no hay noche (Ap. 21:25; 22:5). En la tierra, la noche es el tiempo cuando florecen el crimen y la injusticia. Pero también es el tiempo cuando los santos que sufren anhelan ver los primeros rayos del alba. En el cielo, estaremos en la tierra del día eterno, donde la luz es cual piedra de jaspe, diáfana cual cristal (21:11). No procede del sol, ni de la luna, sino de la gloria de Dios.

No hay más mar (21:1). Los seres amados no están separados por kilómetros de agua. No hay temporales terribles, ni tragedias tristes en las profundidades, ni se ahogan accidentalmente los niños en la playa.

En la tierra hemos sido maravillados por la vista de sierras nevadas, o el esplendor de las olas rompiéndose sobre una playa de arena blanca, o la hermosura de una puesta del sol. En el cielo el artista divino pintará con un pincel más grande.

Las glorias del cielo quedan más allá de los poderes descriptivos del ser humano, y sobrepasan nuestro entendimiento. Calles de oro. Puertas de perlas. Joyas de belleza incomparable. Pero Spurgeon tiene razón al decir:

“Las calles de oro tienen poco atractivo para nosotros, y las arpas angelicales poco nos encantarán, en comparación con el Rey sentado en medio del trono. Es Él quien captará nuestra mirada, ocupará nuestros pensamientos, encadenará nuestros afectos y conmovirá todas nuestras pasiones sagradas al más alto tono de ardor eterno. ¡Veremos a Jesús!”

Adoración y Canción

El Cielo es un lugar de adoración y canción

Algunos de nuestros momentos más sagrados de esta vida han sido cuando adorábamos al Señor en la Santa Cena. Los cielos se inclinaba y la presencia del Señor estaba allí. Era como si estuviéramos en el vestíbulo del cielo. Semejantes experiencias simplemente eran un pequeño anticipo de lo que nos espera cuando los símbolos del pan y el vino den paso al mismo Señor.

Si adorar al Señor Jesús tiene tanto sentido ahora, ¡cuánto mejor adorarle y alabarle cara a cara! Edward Denny, escritor del siguiente himno, lo expresó así:

"Si esta vista del amor tan divina y dulce es,
¿Qué será, oh Señor, arriba,
Cuando vea Tu sonrisa feliz?
Cara a cara Te veré, y Tu semejanza perfecta llevaré,
Todos Tus caminos de gracia maravillosa veré,
Y por siglos eternos los declararé".

J. G. Deck también se recreaba en el contraste entre la adoración terrenal y la celestial.

"Si en este mundo pensar en el amor de Jesús,
Levanta el corazón de tan triste escena,
Si aun aquí el gusto de fuentes celestiales,
Tanto alegra al espíritu del peregrino que canta,
¿Qué será el pleno sol de Su gloria,

Y la plenitud pura de Su amor?

¿Qué aleluyas Su presencia provocará?

Serán un gran sonido de alabanza eterna”.

El Dr. J. Vernon McGee señaló que cada vez que leemos del cielo en el libro de Apocalipsis, vemos a los santos allí postrándose a adorar o levantándose después de hacerlo. Añadió: “Si no te gusta adorar a Dios, no te gustaría el cielo, porque es lo que nos ocupará allí.”^{vi}

El problema por ahora es que nuestra adoración está estropeada debido a que pensamos en nosotros mismos, nuestra mente divaga, y tenemos orgullo, motivos incorrectos y pensamientos inadecuados acerca de Dios. John Newton escribió: “Débil es el esfuerzo de nuestro corazón, y el pensamiento más caluroso, frío está”. Entonces agregó: “Pero cuando Te veamos como eres, Te adoraremos como debemos”.

Richard W. de Haan anticipa la perfección de la adoración:

“Nuestra adoración ya no será imperfecta. Hoy en nuestros momentos más sagrados, ya sean en oración privada o en adoración pública, nuestra mente a veces divaga y no piensa en Dios ni en las realidades espirituales. En aquel día bendito, estaremos en la misma presencia de Dios, veremos el rostro de Jesucristo, y nuestros corazones responderán con devoción de amor... Durante las edades de la eternidad, todo nuestro ser latirá con gozo espiritual al vivir en la luz de la gloria de Dios. Adoración en amor saldrá de nuestro corazón al mirar el rostro de Jesucristo, nuestro bendito Salvador”.^{vii}

En el cielo nuestro amor, alabanza y adoración no tendrán las manchas del pecado. Ningún impedimento ni distracción nos limitará. Tendremos más capacidad de adoración. En aquel entonces, saldrán sin impedimento la gratitud y el homenaje que sentimos ahora pero no podemos expresar. Alguien dijo que entonces podremos mostrar al Señor un amor que si fuera derramado en nuestro corazón ahora, lo reventaría. Como hombre de raíces escocesas y que siente dificultad para mostrar o recibir amor, espero que entonces perderemos nuestras reservas y podremos abrazar abiertamente al Señor sin sentir vergüenza.

La tierra gloriosa será un lugar de música incomparable, con canciones dirigidas a Dios Padre y al Señor Jesús. Algunas de las palabras se nos han dado en el libro de Apocalipsis. Comienzan exaltando al Salvador por habernos amado, lavado de nuestros pecados en Su sangre, y por hacernos un reino de sacerdotes (1:5b-6). Le exaltan como Creador (4:11), Redentor (5:9-10), y Autor de salvación (7:10). Le honran por Sus obras maravillosas, Su justicia, verdad, santidad y justos juicios (11:17-18; 15:3-4; 16:5-6).

En un crescendo de alabanza, las canciones atribuyen al Señor una gloria cada vez más grande:

- *Gloria e imperio* (1:6b).
- *Gloria y honra y acción de gracias* (4:9).
- *La gloria y la honra y el poder* (4:11).
- *La alabanza, la honra, la gloria y el poder* (5:13).
- *El poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza* (5:12).
- *La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza* (7:12).

Si pudiéramos juntar todos los grandes músicos del mundo y con ellos llenar una sala de concierto con la música sinfónica más melodiosa que se pueda imaginar, su actuación quedaría pobre ante la de todos los redimidos de todas las edades. En aquella gran congregación estarán todos los creyentes, cientos de miles y miles de miles, y todos cantarán en armonía perfecta, sin ninguna nota fuera de tono.

“El cielo con alabanza retumbará,
Fuerte y más fuerte aún,
Millones de santos Su dignidad cantarán,
Todo corazón en adoración se doblará.

Y continuará aquella gran marea,
Marea de alabanza sin terminar,
Y toda criatura su voz alzará,
A Tu trono para alabar”.

Habrá acompañamiento musical. Las arpas de Dios se mencionan específicamente (Ap. 14:1-3; 15:2). También habrá trompetas. Si será así, ¿por qué no habrían también todos los demás instrumentos empleados en adoración en los tiempos de David? Nuestro Señor es digno de que todos y todo lo posible sea empleado en Su alabanza.

Quizá el Señor me consienta mantener un punto de vista (y esperanza) personal, de tener la obra de Handel, “El Mesías”, en el cielo. Sé que tendremos la letra, porque toda ella es de la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Así que, tal vez tengamos también la partitura musical. A mí me parece que las notas están casadas con la letra de una manera tan especial que sugiere obra del dedo de Dios. Me gustaría oír el coro de todos los redimidos en el cielo cantar el “Aleluya” mientras me postro a Sus pies, repaso la historia, y adoro al que ama a los pecadores. “Parece que días eternos serán muy pocos para cantar Su alabanza” (W. Spencer Walter).

Servicio

Lejos de ser un lugar de inactividad y aburrimiento, el cielo será un lugar de servicio. “*Sus siervos le servirán*” (Ap. 22:3b). De la misma manera que tendremos más capacidad para adorar, así también tendremos mayor capacidad para servir.

Todos nuestros hechos serán motivados por nuestro amor a Él. Nunca entrará en nuestra cabeza la idea de recompensa o galardón. Le serviremos porque le amamos. Esto proveerá una forma muy satisfactoria de expresar más plenamente el amor de nuestro corazón al que nos compró con Su sangre preciosa. Es así de sencillo.

Nuestro servicio será voluntario. No habrá trabajo forzado en el cielo. Será el cumplimiento de un deseo sincero, no mera obediencia a una orden.

Podremos servirle sin motivos mezclados, envidia, competitividad, interrupciones, fracasos, remordimientos, preocupación con el tiempo, errores, y sin la más pequeña sombra del pecado.

La Biblia no nos dice mucho acerca de la naturaleza de aquel servicio. Haremos cualquier cosa que Él desee y cualquier cosa que sepamos que le agrada. La idea del servicio está estrechamente relacionada con adoración, alabanza y oración. En Hechos 13:1-3 los profetas y maestros en Antioquía ministraban al Señor en ayunos y oración. Sin duda la oración incluía adoración y acción de gracias.

Nuestro servicio nunca será monótono. En este mundo para muchas personas el trabajo ha sido a menudo una rutina, una repetición constante sin novedad. Piensa en servicio que es siempre agradable e interesante. Así será.

En esta vida el servicio muchas veces ocasiona sudor y fatiga. Sabemos por experiencia propia lo que el Señor quería decir cuando le dijo a Adán: “*Con el sudor de tu rostro comerás pan*” (Gn. 3:19). Pero entonces, en el cielo, no habrá más maldición sobre la creación. Aunque suene extraño y contradictorio, nuestro servicio en el cielo significará descanso perfecto.

Será servicio sin cesar, porque Sus siervos le sirven día y noche (Ap. 7:15). La eternidad será demasiado corta para hacer suficiente por Aquel que dio Su vida por nosotros.

“Sus siervos le servirán con un servicio que es perfecto y será una delicia perfecta. Aun ahora no hay servicio tan fructuoso y alegre como el servicio de Dios; pero entonces el ministerio sacerdotal estará libre de todo cansancio, imperfección e impedimento”.^{ix}

Charles R. Erdman

Recompensas

El cielo será un lugar de recompensas dadas por el Salvador mismo. A lo largo de los siglos Él ha guardado con detalle y precisión toda la información. No descasará satisfecho hasta que salga a luz todo lo que ha sido hecho para Él. Su benignidad pagará la benignidad de Su pueblo.

El Tribunal de Cristo

Esta recompensa tendrá lugar en el Tribunal de Cristo, también llamado el Tribunal de Dios. (En este punto es tradicional explicar que en griego el tribunal es la palabra *bema*. Pero como observo que este detalle no hace más sabia a la gente, lo voy a dejar.) Normalmente cuando escuchamos las palabras juez o juicio, nos suenan graves. Pensamos en un juzgado, un juez con toga negra y cara seria, y un acusado que está lleno de culpa.

Pero, espera. ¿Hemos olvidado que las palabras tienen otro sentido? ¿Por qué no pensamos en los jueces en los juegos olímpicos o en una feria de flores o algún concurso? En esas situaciones no es cuestión de escuchar evidencia ni pronunciar culpa o inocencia. No se sentencian los atletas a la prisión. Las flores no son declaradas dignas de muerte. Es cuestión de otorgar premios por excelencia en llegar a metas predeterminadas. Así será el Tribunal de Cristo.

Así que, al venir a este tema tenemos que quitar de nuestra mente cualquier idea de pecado y juicio. Los pecados del creyente—pasados, presentes y futuros—fueron juzgados en el Calvario cuando el Señor Jesús como Sustituto pagó el precio completo. Él resolvió de una vez por todas la cuestión del pecado. Los cristianos nunca entrarán en juicio por sus pecados; han pasado de muerte a vida (Jn. 5:24). Porque están en Cristo Jesús, están libres de condenación (Ro. 8:1).

El Tribunal de Cristo será el tiempo cuando la vida y el servicio del creyente serán revisados y recompensados. El lugar será el cielo. El juez será Cristo. Todos los creyentes comparecerán. Pablo da la descripción más completa del Tribunal en 1 Corintios 3:9-17,

"Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno

edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”.

Así que, vemos que todo lo que haya sido hecho para la gloria de Dios—Pablo lo llama: *oro, plata, piedras preciosas*—será recompensado. Todo lo demás será quemado y el obrero sufrirá pérdida. Pero él mismo será salvo. Es cuestión de servicio, no de salvación.

Los Principios del Juicio

No hay nada secreto acerca de los principios que el Juez seguirá al revisar y recompensarnos. Él ha sido completamente abierto con nosotros para que sepamos antes cómo correr para ganar. He aquí unas de las consideraciones Suyas en aquel día.

La fidelidad será premiada y no el lugar del éxito (Mt. 25:21, 23; 1 Co. 4:2). No siempre podemos tener éxito, pero podemos ser fieles.

No es cuánto don o habilidad tenemos, sino cómo lo hemos empleado (Mt. 25:15-28; Lc. 19:13-28). No hemos sido creados iguales. Pero el Señor basa Su juicio en cómo cada uno ha empleado lo que Él le ha dado.

No es tanto la clase de servicio rendido, sino el espíritu con el que ha sido hecho (Col. 3:22-24). Debemos hacerlo como para el Señor, y no para los hombres. Y debemos recordar que a Él no le agrada un espíritu de regateo que dice “¿qué tendré?” (Mt. 19:27-30).

El deseo será premiado aun cuando haya sido imposible realizarlo (1 R. 8:18; 2 Co. 8:12). A David no se le permitió edificar el templo, pero Dios le felicitó el haber tenido el deseo en su corazón.

No es la cantidad lo que vale, sino la actitud de corazón (Mt. 10:42). La viuda que echó sólo dos blancas en la ofrenda es un recuerdo perpetuo de esto (Lc. 21:2).

No es como nosotros mismos evaluamos nuestro servicio, sino como el Señor lo evalúa (Mt. 25:37-40).

“Hechos meritorios en nuestra opinión,

Él nos enseñará que eran pecado.

Pequeñas cosas que habíamos olvidado,

Nos enseñará que eran para Él”.

No es lo que ven los demás, sino lo que Dios ve y sabe (Mt. 6:1-18). Si hacemos algo para ser aprobados públicamente, y lo es, ya hemos recibido nuestra recompensa, esto es, con aprobación pública.

Cualquier cosa hecha para el pueblo del Señor será reconocida como hecha para Él (Mt. 25:40). Esto abre vastas oportunidades para alimentarle, vestirle, visitarle y servirle tan verdaderamente como si Él estuviera físicamente presente.

No carece de sentido ninguna cosa buena hecha para el Señor y para Su gloria; todo será gratificado (Ef. 6:8). No hay distinción entre lo secular y lo sagrado. El servicio humilde de uno que hace limpieza, cuando es hecho para la gloria de Dios, es tan sagrado como el ministerio espiritual en la asamblea.

De ahí que no cuenta nuestra posición social (Ef. 6:8). Un jornalero emigrante que trabaja en el campo no es excluido de las mejores recompensas en el Tribunal de Cristo. Los cristianos prominentes no tienen preferencia sobre los ordinarios. Los primeros convertidos en la época cristiana no tendrán ventaja sobre los que vivan en el tiempo del rapto.

Finalmente, el Señor premiará la perseverancia (Lc. 22:28). No basta comenzar bien; Él quiere que sigamos bien hasta el fin.

Coronas

Los premios en el Tribunal de Cristo a menudo son llamados *coronas*. A diferencia de las coronas y los honores de este mundo, los del Señor con incorruptibles.

Está la *corona de regocijo* para los que fielmente ganan almas (1 Ts. 2:19).

Hay la *corona de justicia* para los que aman Su venida (2 Ti. 4:8). Cuando Pablo habla de amar la venida de Cristo, no quiere decir tener pensamientos sentimentales y agradables acerca del rapto. Al contrario, significa vivir a la luz de Su venida: vigilando, esperando, orando y sirviendo.

Está la *corona de vida*, para los que perseveran fieles a Dios bajo tentación (Stg. 1:12). Si olvidamos esto, descendemos en la tierra resbaladiza de tentación. Hay recompensa para los que en lugar de ceder a la tentación, dicen: “no”.

Pedro nombra la *corona de gloria* para los que son fieles pastores de las ovejas de Cristo (1 P. 5:4).

Pablo luchó para ganar la *corona incorruptible* que es para los que ejercen dominio propio en la carrera cristiana (1 Co. 9:25).

Hay una corona especial para los mártires, los que han sido fieles hasta la muerte (Ap. 2:10).

Los cristianos estamos bastante de acuerdo que el único uso apropiado de estas coronas será ponerlas con adoración a los pies del Señor Jesús, quien es el único digno.

Otras Recompensas

A veces las recompensas están relacionadas con administración o gobierno. En la parábola de las minas, por ejemplo (Lc. 19:11-27), a un siervo fiel se le dio autoridad sobre diez ciudades, y a otro se le dio sobre cinco ciudades. En otro lugar, el Señor dijo a los discípulos: “*Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel*”. Aunque esto se refiere primariamente al milenio, también puede haber una aplicación respecto al cielo. Allí, quizá, las palabras curiosas de Pablo a los corintios tendrán sentido nuevo: “*¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?*” (1 Co. 6:3).

Hay otras recompensas. El Salvador prometió que cualquiera que le confiesa delante de los hombres, Él le confesará delante de Su Padre en el cielo (Mt. 10:32). ¡Piensa en el honor de ser nombrado así por el Hijo de Dios delante del Soberano del universo!

Se hacen promesas especiales a los vencedores, esto es, a cualquiera que confiesa que Jesucristo es el Hijo de Dios (1 Jn. 5:5), que con fe vence el mundo (5:4), y que vence al maligno y sus falsos maestros (2:13-14; 4:4). Comerá del árbol de la vida (Ap. 2:7). Comerá del maná escondido, y se le dará una piedrecita blanca en la cual está escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe (Ap. 2:17). Recibirá poder sobre las naciones y se le dará la estrella de la mañana (Ap. 2:26-28), y será vestido de vestiduras blancas (Ap. 3:5). Su nombre no será borrado del libro de la vida, y además, será confesado delante del Padre y delante de Sus ángeles (Ap. 3:5). Será hecho columna en el templo de Dios, y sobre él estará escrito el nombre de Dios, y el nombre de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén (Ap. 3:12). Se sentará con Cristo en Su trono (Ap. 3:219).

Si tienes dificultad entendiendo alguno de estos honores, no te preocupes. Todo será aclarado cuando estemos ante el Tribunal.

Copas Llenas, pero Tamaños Distintos

Además de las diferentes recompensas en el cielo, allá habrá diferentes grados de disfrute. Aunque es verdad que todos serán felices, también es verdad que algunos tendrán

mayor capacidad de gozo. Dicho de otra forma, cada uno tendrá una copa llena de gozo, pero algunos tendrán copas más grandes que otros. Pablo sugiere esto en 1 Corintios 15:41-42, *“...una estrella es diferente de otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos”*.

Esto levanta una cuestión crucial: “¿Cómo se determina nuestra capacidad para disfrutar al Señor y las glorias de la casa del Padre?” Esto lo hacemos nosotros, preparándonos en este tiempo para la eternidad. Permíteme sugerir algunas formas específicas.

Primero, lo que aprendemos de la Biblia ahora determina la base del conocimiento de cosas divinas que llevaremos con nosotros. Por supuesto, podremos mejorar este conocimiento cuando llegemos a casa, pero nunca seremos omniscientes.

Segundo, cuanto mejor aprendamos a adorar al Salvador aquí en este mundo, más podremos apreciarle y adorarle cuando nos juntemos a Sus pies en el cielo. El Cristo nos será bien conocido.

La profundidad de nuestra vida de oración ayudará. Las respuestas a oración que hemos visto serán las evidencias de Su sabiduría, amor y poder, y por lo tanto serán causa de acción de gracias sin cesar.

También nuestro estado espiritual en el cielo se determinará por la forma en que hemos hecho tesoros en el cielo en lugar de en la tierra (Mt. 6:19-20). De otro modo, ¿por qué lo enfatiza tanto el Señor?

Hacemos tesoros en el cielo a través de las almas que conducimos al Señor Jesús. Spurgeon comentó: “Una razón por la que unos santos tendrán más plenitud que otros es porque hicieron más para el cielo que otros. Por la gracia de Dios les fue posible llevar allí más almas”.

En general, nuestro crecimiento espiritual y nuestro servicio en este tiempo determinan la medida de nuestra capacidad para disfrutar nuestra herencia eterna.

Esto se ilustró en la historia de dos hermanos. Temprano en la vida, David entregó su vida al Señor para salvación y servicio. Vino a ser un buen alumno de la Palabra. Avanzaba como ingeniero electrónico, pero también encontraba las puertas abriéndose para predicar y enseñar. Él y su esposa estaban satisfechos con un modesto nivel de vida para poder dar primer lugar a lo que consideraban ser más importante. Su hogar vino a ser un centro de hospitalidad, una base para enseñanza, y un imán para los jóvenes.

Jaime se convirtió dos años antes de su hermano. Realizó avances asombrosos como administrador de ventas internacionales. A su familia no le faltó nada en cuanto a los placeres y las comodidades materiales. Pero su negocio le consumió. Él nunca supo trazar una raya de límite para su carrera sin permitirle ir más allá.

Ambos eran salvos. Ambos estaban seguros del cielo por medio de los méritos de Cristo. Pero David es a quien irías para comprender algo de la Palabra, o para contarle algún problema espiritual. Siempre hablaba inteligentemente y con entusiasmo acerca del Señor Jesús.

Podríamos decir que ambos hombres disfrutaban al Señor, pero David tenía mayor capacidad de ello. Ambos tenían su copa llena, pero David tenía una copa más grande. Así será en el cielo.

Vistas Previas del Cielo

En años recientes las librerías seculares han hecho gran negocio con la venta de libros que tratan las experiencias de los que dicen que han muerto y en seguida han vuelto a vivir. Betty Eadie escribió *Embraced by the Light* (“Abrazado por la Luz”). Raymond Moody contribuyó el título: *The Light Beyond* (“La Luz del Más Allá”). Otros autores como Elisabeth Kubler-Ross añadieron sus puntos de vista sobre el tema.

Es interesante cómo la palabra luz figura prominentemente en los títulos y contenidos de estos libros. Dan a los lectores la impresión de que después de todo, la muerte no es tan mala. Al contrario, es absolutamente gloriosa. No se hace ninguna distinción acerca de la condición espiritual de nadie, no importa si la persona es creyente o no. Semejante cuestión no es relevante a las mentes de estos autores. Lo que parece ser importante es decirnos que hay luz al final del túnel, no importa quien seas.

Esto, por supuesto, es luz falsificada. Encajaría perfectamente en la estrategia del enemigo, que quiere dar a la gente un sentido falso de seguridad, asegurándole que no hay nada que temer. *“El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”* (2 Co. 11:14).

No ignoramos sus artimañas. Él viene para hurtar y matar y destruir. La gente piensa que todo está bien, pero entonces morirá y abrirá los ojos en las densas tinieblas para siempre.

Habiendo dicho esto, afirmo que creo que a veces los verdaderos creyentes pueden gustar de antemano la gloria, antes de morir. Algunos ven al Salvador en Su esplendor radiante. Otros tienen vistas del cielo mismo.

Esteban

Esteban, el primer mártir de la Iglesia cristiana, tuvo semejante visión. Mientras que la turba con furia le estaba apedreando, *“vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”* (Hch. 7:5). Esto cambió todo. La amargura de la muerte ya había pasado. Unas cuantas piedras fatales no importaban cuando él podía ver la gloria de Dios y al Salvador allí, listo para recibirle. Con aplomo perfecto, Esteban oró: *“Señor Jesús, recibe mi espíritu”*. Entonces, con perdón perfecto, clamó: *“Señor, no les tomes en cuenta este pecado”*.

La Coronación de Moody

Justo antes de morir Dwight L. Moody, su hijo mayor le escuchó decir: “La tierra retrocede, el cielo se abre, Dios está llamando”. La familia se juntó rápidamente alrededor de su cama. Moody preguntó: “¿Es ésta la muerte? No hay valle. Esto es gozo; es glorioso”. Cuando su hija Emmy comenzó a orar para que se recuperara, él dijo: “No, no, Emmy. Dios está llamando. Éste es el día de mi coronación. Lo he estado anticipando”. Después de que una persona ha visto al cielo, este mundo no tiene atracción.

Reunión con el Rey

Cuando Frances Ridley Havergal se estaba muriendo, cantó una canción de victoria y del cielo. Su cara se volvió radiante, como si mirara el Señor en la gloria. Uno de sus parientes dijo: “Sabíamos que estaba reunida invisiblemente con su Rey, porque su rostro estaba gozoso, como si ya hubiera hablado con Él. Entonces, intentaba cantar otra vez, pero después de una nota dulce y aguda, su voz falló. Mientras que su hermana encomendaba su alma a Dios, ella se deslizó y se fue”.^x

Ningún Valle Oscuro

Mi madre pasó seis meses en el hospital como resultado de un accidente de cirugía. Un día, cuando su condición empeoraba, las enfermeras le llevaron al lugar de las radiografías y le dejaron allí durante un tiempo. La sala estaba oscura y fría. Después nos dijo que estando allí, sentía que el Señor Jesús se le acercó de una forma real. Todo temor desapareció. No había ningún valle oscuro, y de allí en adelante ella se enfrentó triunfantemente a la muerte.

El Triunfo de un Padre

Cristy Wilson, misionero veterano, relata acerca de cuando su padre fue llamado a su hogar celestial.

“En el último día de su vida, todos estábamos con él: mi madre, mi hermano Jack, mi hermana Nancy, mi esposa Betty y un servidor. Notamos que él estaba cada vez más débil y que tenía dificultad para respirar. Así que le pregunté si quería sentarse en el lado de la cama. Respondió que le gustaría.

Me senté al lado suyo y tenía mi brazo alrededor de sus hombros. Sentado allí, él lanzó su mirada al cielo y oró: “Señor Jesús, ayúdame”. Entonces su cara se volvió radiante.

"¡Veo a Jesús!" exclamó. "¡Veo al Señor!" Ninguno de nosotros vio a Cristo, pero él sí. Vio al Señor en toda Su gloria, tal como lo había visto Esteban.

Entonces mi padre dijo: "Bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre". Estaba tan emocionado.

Entonces, porque estaba tan gozoso y relajado, le ayudamos a acostarse en la cama. Estábamos los cinco alrededor suyo. Entonces, él dijo: "¡Ven, oh ven, Emanuel!" Aunque era abril, cantamos este himno.

Entonces cantamos sus himnos favoritos. Entre ellos estaba *Sublime Gracia*. La última estrofa dice así:

"Y cuando en Sion por siglos mil,
Brillando esté cual sol,
Yo cantaré por siempre allí,
Su gracia que me salvó".

Entonces, mi padre, estando acostado, señaló un cojín que habíamos dado a nuestra madre. Tenía estas palabras: "La felicidad es: ser abuela". Mi padre señaló esto y dijo: "La verdadera felicidad es ir a estar con Jesús. Me voy para estar con Jesús... ¡hoy!" Estaba tan emocionado porque estaba a punto de estar con su Señor.

Cuando los miembros de la familia habían orado y cantado la doxología, el viejo Mr. Wilson partió para estar con Jesús, con una sonrisa en su cara".^{vi}

¡Oh Gracia!

Una vez tenía un vecino en el apartamento al lado del mío, que tenía una disposición muy desagradable. Parecía que había sido criado comiendo cosas amargas. Otro problema era que tenía una enfermedad terminal. Pero en los últimos años de su vida, Jim fue salvo, verdaderamente salvo. Era un tizón arrebatado del incendio.

Yo estaba de viaje en el extranjero cuando él fue llevado al hospital por última vez. Cuando regresé, su esposa, Marge, me dijo que el último día de su vida ella estaba al lado de su cama. De repente le vio sentarse en la cama, mirar intensamente como si mirara lejos, y

exclamar: “¡Oh, Marge!” Ella dijo que nunca le había escuchado hablar con tanto entusiasmo. Pienso que Jim había visto la gloria del Señor. Entonces, se acostó de nuevo y murió.

Kamwandi

Un africano llamado Kamwandi estaba cazando, y tuvo un sueño en el que vio un camino ancho arrastrándole como si fuera un torrente. Terminaba en un infierno ardiente donde hombres y mujeres estaban cometiendo los mismos pecados que habían cometido en la vida. En su sueño, otro africano le advirtió que se pusiera en el camino estrecho que conducía al bosque.

Tiempo después, accidentalmente se clavó una estaca en la pierna. La herida no se curaba, así que fue al hospital en Kalene buscando ayuda. Al llegar vio a una señora misionera sentada delante de unas personas, hablándoles de un camino estrecho que conduce a la vida y el camino ancho que lleva a la destrucción. Aprendió que Cristo es el camino angosto, y confió en el Salvador para la salvación de su alma. Tan pronto como su herida se curó, se fue para hablar a su pueblo acerca del Señor Jesús.

Pero la infección volvió, y empeoró, por lo que tuvo que volver al hospital. Anduvo de casa en casa hablando a los pacientes acerca del Redentor. Entonces, un día llamó a la gente a su casa y dijo: “Escuchad, les escucho cantando. ¡Oh, qué canciones más bonitas!”, y murió con una sonrisa radiante en la cara.^{xi}

Los Mártires de Ecuador

Cuando cinco misioneros jóvenes murieron traspasados por las lanzas de los indios Waorani (Aucas) en Ecuador, no había indicación de que tuvieran una experiencia especial de estar cerca de la muerte. Pero treinta y tres años más tarde, Olive (Fleming) Liefeld, la viuda de uno de los cinco (Peter Fleming), visitó la zona donde vivían los indios. Ella y su esposo Walter se maravillaron al saber que dos de los indios que estuvieron presentes en la matanza habían escuchado canciones. Encima de los árboles vieron una multitud de personas con cientos de luces brillantes.

¿No es razonable creer que esto fue un grupo de bienvenida organizado por Dios, para transportar a los misioneros por los portales de esplendor?^{xii}

¿Cada Vez, o Algunas Veces?

No cabe duda de que a veces cristianos genuinos tienen una experiencia así cuando están cerca de la muerte. Ven al Señor. Ven el esplendor del cielo. Ven la gloria que palabras no pueden describir.

La pregunta es, si esto le sucede a cada hijo de Dios antes de morir, o no. Puede que no nos demos cuenta en el caso de muchas personas, quizá porque no vemos una expresión especial de gozo o delicia. Puede que no haya ninguna manifestación especial de emociones. Pero aun así, ¿no podría ser experimentado por el que muere?

Podemos estar seguros de que Dios da gracia para morir cuando llega el momento. Él prometió: *“Bástate mi gracia”* (2 Co. 12:9). En otro lugar leemos: *“como tus días serán tus fuerzas”* (Dt. 33:25b). Puede que temblemos hoy al pensar en la muerte, pero esto no es causa de preocupación. No tenemos hoy la gracia para morir, porque no la necesitamos. Podemos estar seguros de que si vamos a morir, recibiremos fortaleza para enfrentarlo con calma y certidumbre.

Quizá hayas oído la expresión: “Gracia de mártires para días de mártires”. Esto significa que Dios dio gracia especial a los mártires para testificar heroicamente para el Señor Jesús mientras que eran terriblemente atormentados. Leemos aquellas historias y pensamos que nosotros nunca podríamos hacer estas cosas. Por supuesto que no. Pero si el Señor te llamara mañana a ser quemado vivo, te daría la fuerza sobrenatural para enfrentarlo con aplomo y paz. Es inútil preocuparse por la muerte antes del tiempo. Si el momento llega, podemos estar seguros de que el Buen Pastor estará con nosotros en el valle de la sombra de la muerte. No estaremos solos. Y si Él está con nosotros, esto es todo lo que importa.

La Comida en el Cielo

¿Comeremos en el cielo? ¿Por qué no? Ciertamente es posible. El Señor Jesús comió en Su cuerpo resucitado y glorificado. Sus discípulos le dieron “*parte de un pez asado, y un panal de miel, y él lo tomó, y comió delante de ellos*” (Lc. 24:42-43). Puesto que tendremos cuerpos glorificados como el Suyo (Fil. 3:21), es muy posible que nosotros también comamos.

No sólo es posible, sino que es probable. Piensa en la cena de las bodas del Cordero, donde estarán presentes todos los creyentes. “*Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero*” (Ap. 19:9). Obviamente, una cena significa que habrá algo de comer.

Además, el reino del cielo es comparado a una fiesta de boda (Mt. 22:1-14), y a una gran cena (Lc. 14:15-24). ¡Qué apropiado! El reino se caracterizará por el gozo, la comunión y la celebración que están asociados con semejantes ocasiones.

Maná es una de las cosas que están en el menú del cielo (Ap. 2:17), y también está la fruta (Ap. 22:2).

Jesucristo dijo: “*vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos*” (Mt. 8:11). Sentarse con los patriarcas significa conversar con ellos, tener comunión con ellos. Al menos hay aquí la sugerencia de que será una mesa llena de cosas buenas que comer.

Es verdad que no sabemos casi nada acerca de la fisiología del cuerpo glorificado, pero basta saber que será capaz de disfrutar comida y bebida sin ninguno de los procesos que ahora son el resultado del pecado.

Las religiones paganas a menudo retratan al cielo como un lugar donde se satisfacen los apetitos animales mediante comilonas, gran consumo de vino, y generalmente en estar de juerga licenciosa. ¡Cuán distinta es la forma cuidada y santa en que las Escrituras tratan el tema de nuestro comportamiento piadoso en el reino eterno!

¿Matrimonio en el Cielo?

Nuestro Señor aclaró a los saduceos, los liberales de Su día, que en el cielo la gente ni se casa ni se da en casamiento, sino que en este respecto son como los ángeles (Mt. 22:30). Esto se dijo en respuesta a un rompecabezas hipotético que ellos levantaron para hacer que la resurrección pareciese ridícula. Siete hermanos se casaron sucesivamente con la misma mujer al morir el marido anterior. La pregunta era: “¿De quién será la mujer en la resurrección?”

La pregunta mostró una gran ignorancia de las Escrituras y del poder de Dios. La Biblia enseña la verdad de la resurrección, y Su poder la garantiza.

La respuesta del Señor no significa que los creyentes glorificados serán ángeles. Ni tampoco significa que no tendrán sexo. No significa que un marido no reconocerá a su esposa. Ciertamente, no nos percataremos de las cosas menos en el cielo que en la tierra. Pero la palabra del Señor significa que la relación del matrimonio no continuará en el cielo, y no se engendrarán hijos.

Si las enredadas historias matrimoniales de algunos creyentes, con divorcios complicados y otros matrimonios, son un problema para nosotros al pensar en el cielo, podemos estar seguros de que a Dios no le son problema. Él ha resuelto problemas mucho más grandes que estos.

La Cena de las Bodas del Cordero

Era una costumbre judía en tiempos bíblicos que el hombre iba a la casa de su novia prospectiva para arreglar el pacto del desposorio. Esto era similar a lo que conocemos como el compromiso de noviazgo, pero era más comprometedor. El pacto incluía un precio, una dote, pagado al padre de la novia. Una vez pagada, el novio volvería a la casa de su padre para preparar una morada. Puede que no viera a su novia durante un año.

Al final de ese tiempo, él y sus amigos irían para reclamar a su novia y llevarla al lugar que él había preparado con amor y cuidado. La novia sabía que él volvería, pero no sabía exactamente cuándo. Finalmente, en la casa de su padre, se consumaba el matrimonio. Después de más o menos una semana, el novio presentaba a su novia a los invitados a la boda.

Era entonces que se celebraba una cena matrimonial, o banquete de boda, con gran celebración y festividad.

Cristo es el Novio celestial y la Iglesia es Su novia. Él la compró con Su propia sangre, literalmente vendiendo todo cuanto tenía para ganarla. Ahora Él está en la casa de Su Padre, preparando una morada para ella. En tiempo desconocido, Él volverá para llevarla a su hogar en el cielo.

En buen tiempo, Él aparecerá con Su novia, delante de los invitados a la boda, y entonces seguirá la cena de las bodas del Cordero. Esta ocasión festiva se menciona en Apocalipsis 19:9, *“Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero”*.

Hay una cuestión válida acerca de si la fiesta se celebrará en el cielo o en la Tierra durante el milenio. La parábola de las vírgenes sabias y necias (Mt. 25:1-10) favorece la segunda opción. Cuando el novio (el Señor Jesús) venga, la boda ya habrá tomado lugar en el cielo (Ef. 5:27). Las vírgenes que estaban preparadas (los israelitas salvados) entraron con el novio. No entraron a la boda, sino a la cena de boda (v. 10). Esto representa a Cristo cuando vuelva con Su novia para establecer Su reino y celebrar Su boda.

Tome lugar la fiesta en el cielo o en la tierra, lo importante es estar seguro de ser uno de los que estarán allí.

¿Los Bebés en el Cielo?

¿Qué lugar en el plan de salvación de Dios tienen los bebés que han muerto? Bueno, personalmente opino que se les asegura un lugar en el cielo por toda la eternidad. La promesa más clara acerca de esto se encuentra en Mateo 19:14 donde Jesús dice a Sus discípulos: *“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”* (ver también Mr. 10:14; Lc. 18:16). Esta frase: *“de los tales es el reino de los cielos”* es decisiva. No deja lugar para discusión. No requiere que los bebés sean creyentes, que sean bautizados, ni ninguna otra condición impuesta por los hombres.

Una prueba similar se encuentra en Mateo 18:3, donde el Salvador dice: *“De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”*. Se debe notar que no dijo que los niños pequeños tienen que volverse como adultos. Es al revés. Los adultos tienen que volverse como niños.

En la parábola de las ovejas perdidas (Mt. 18:10-14), la lección es: *“Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños”*. *“Sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”*.

Muchos padres doloridos han hallado consuelo en las palabras que dijo David cuando murió su hijo: *“Yo voy a él, mas él no volverá a mí”* (2 S. 12:23). David no mencionó específicamente el cielo, pero no es un error leer esto en su consolación.

Cuando nuestro Señor hablaba de los niños, dijo: *“Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido”* (Mt. 18:11). Cuando se refería a los adultos, en cambio, dijo: *“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lc. 19:10). En un sentido Él tenía que buscar a los adultos, pero no era así con los niños pequeños.

Pero esto hace surgir una pregunta. Puesto que los bebés y niños pequeños son pecadores por naturaleza y práctica, ¿cómo puede un Dios santo llevarlos al cielo a menos que nazcan de nuevo? La respuesta se halla en el carácter de Dios: *“El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”* (Gn. 18:25). Aunque es verdad que estos pequeños son pecadores, también es verdad que todavía no son capaces de aceptar ni rechazar al Salvador. En tal caso, Dios puede imputar el valor de la obra sustitutiva de Cristo a favor de ellos, aunque no sepan nada del Calvario. Están seguros mediante la sangre de Jesús.

Todavía surge otra pregunta. ¿A qué edad viene un niño a ser personalmente responsable para responder al evangelio? En otras palabras, ¿cuál es la edad de responsabilidad? No hay ninguna edad específica para todos. Es algo que varía de individuo a individuo. Cuando un joven ha recibido una presentación buena y fiel del evangelio, y cuando es capaz de responder a las buenas noticias y creer en el Salvador, entonces el niño es responsable ante Dios y necesita convertirse.

Una pregunta más. ¿Los bebés se quedarán en su infancia en el cielo, o habrá crecimiento para ellos? Por un lado, pare difícil pensar en el cielo sin bebés, cuando nos dan tanto gozo en esta vida. Si la gente envejeciera allí como en la tierra, entonces el cielo sería un gran centro geriátrico. Cuando los discípulos vieron a Moisés y Elías en el monte de Transfiguración, no hay nada que sugiera que fueran muy ancianos. Erwin W. Lutzer escribe:

"De esto podemos estar seguros. Un niño en el cielo estará completo. O el niño parecerá cómo hubiera sido si hubiera crecido normalmente, o sus capacidades mentales y físicas serán aumentadas para darle una igualdad con los demás redimidos. El cielo no es un lugar para ciudadanos de segunda clase. Toda minusvalía será quitada. El cielo es un lugar de perfección".^{xiv}

Dicho todo esto, todavía tenemos que admitir que no sabemos todas las respuestas acerca de los bebés y el cielo. La Biblia no nos da una explicación detallada. Pero podemos descansar seguros de que Dios lo tiene todo solucionado de manera que fascinará, placera y satisfará a todo Su pueblo.

Conocimiento en el Cielo de las Cosas en la Tierra

¿Saben los santos en el cielo lo que está sucediendo en la tierra? Si es así, ¿cuánto saben?

Primero, podemos decir con certeza que no saben todo. Los que están en sus cuerpos glorificados nunca compartirán lo que llamamos los atributos incommunicables de Dios, tales como omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia. Cuando Juan dice que seremos como el Salvador (1 Jn. 3:2), se refiere a la similitud espiritual y moral. Cuando Pablo dice que conoceremos tal como somos conocidos (1 Co. 13:12), está diciendo que nos reconoceremos en el cielo. Pero queda esta pregunta: ¿Hay sucesos en la tierra que son conocidos por los ocupantes del cielo?

Parece estar claro que cuando un pecador se salva, la gente en el cielo lo sabe. En las parábolas de la oveja perdida y la moneda perdida, el Señor Jesús dijo que hay regocijo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente (Lc. 15:7, 10). Esto no limita el regocijo a los ángeles. Lo extiende a todos los que están en presencia de los ángeles, lo cual seguramente incluye a los redimidos que están en la gloria. D. L. Moody comenta:

“¿Piensa en esto! Por un acto de nuestra voluntad, podemos ocasionar gozo en el cielo. El pensamiento parece casi demasiado maravilloso para nuestra comprensión. ¿Quién iba a decir que el más pobre pecador de la tierra, por un acto suyo, puede enviar una sensación de gozo a las huestes en el cielo?”¹⁴

También es probable que cuando vuelve uno que se ha alejado del Padre, el cielo irrumpe en regocijo. Podemos deducir esto de la parábola del hijo perdido (Lc. 15:22-24). Nuestro Señor describió con viveza la celebración que hubo cuando aquel padre terrenal dio la bienvenida a su hijo pródigo. Si esto es verdad en un sentido terrenal, cuánto más en un sentido celestial. El Padre celestial no va a hacer menos, y las festividades serán compartidas por toda la multitud en el cielo.

Hay algo más que los santos en el cielo saben, esto es, cuando un creyente se presenta como sacrificio vivo a Dios (Ro. 12:1-2). Esto es lo equivalente en el Nuevo Testamento al holocausto del Antiguo Testamento. Aquello era conocido como la ofrenda de olor grato. Esto significa que la fragancia dulce de la ofrenda ascendía a Dios. Cuando el Señor Jesús se presentó a Dios para ser completamente consumido en el Calvario, Pablo lo describió como “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). El cielo se llenó del aroma fragante. ¿Por qué vamos a dudar de que esto también sucede cuando un creyente presenta su vida y voluntad al Señor para hacer lo que Él mande?

Ésta no es la única vez que el lugar del trono se llena de dulce perfume. Los filipenses habían enviado a Pablo una ofrenda para ayudarle con sus necesidades temporales. Al responder dándoles las gracias, el apóstol la describe como *“olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios”* (Fil. 4:18). De ahí concluyo que cualquier acto de benignidad hecho en el nombre del Señor Jesús es conocido en el cielo por la fragancia que emite.

Finalmente, me gustaría sugerir que las oraciones de los santos son conocidas en el cielo. En Apocalipsis 8:3-4, Dios corre el telón y vemos a un Ángel de pie al lado del altar con un incensario de oro. Creemos que es el Señor Jesús, porque Él es el único Mediador entre Dios y los hombres. Él toma una gran cantidad de incienso y lo ofrece con las oraciones de todos los santos, sobre el altar delante del trono. *“Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos”* (v. 4). Una vez más el cielo se llena de incienso, la fragancia de la Persona y obra de Cristo. Toda aquella escena es pública. Todo el cielo se llena del olor fragante.

Alguien dijo una vez que el pecado secreto es escándalo abierto en el cielo. Pues, ciertamente es verdad que es conocido por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero no encaja en la descripción bíblica del cielo pensar en la entrada de cualquier cosa que ocasione tristeza, dolor o contaminación. Estamos más seguros si limitamos nuestra respuesta a cinco cosas que suceden en la tierra que son conocidas por los redimidos en el cielo: la salvación de un pecador, la restauración de un creyente que se había alejado, la consagración de un santo, cualquier acto benigno hecho en nombre del Salvador, y las oraciones de los creyentes.

¿Los Animales Domesticados en el Cielo?

Es bastante común escuchar a algún creyente preguntar: “¿Tendré a mi perro en el cielo?” Muchos despacharían a semejante pregunta como insensata o al menos trivial, pero toda pregunta sería merecida una respuesta adecuada.

Cuando alguien ha tenido un perro durante once años, y le ha sido obediente, afectuosa, leal y pronto para agradar, ¿cómo puede el dueño evitar la tristeza cuando su “mejor amigo” le es quitado por la muerte? Seguramente podemos perdonar el sentimentalismo que piensa en términos de un cielo para los perros. Cuando alguien ha estado montando el mismo caballo durante veintiocho años, perderlo es una experiencia angustiada, y es natural que desee verlo otra vez.

Quizá los amantes de los caballos encuentren consuelo al leer de los caballos que salen del cielo (Ap. 6:2, 4-5, 8; 19:11). Los cinco caballos a los que se refieren podrían ser caballos reales que han sido comisionados para una ocasión específica. Vistos como saliendo de los cielos atmosféricos, están diseñados para representar conquista, guerra, hambre, muerte y juicio.

Es verdad que en la Reina Valera hay referencias a los *seres vivientes* en el cielo, pero esto no significa “bestias” como en algunas traducciones, sino más bien querubines (ver Ez. 1:5-10; 10:20). El texto aclara que son personas con intelecto, emociones y voluntad.

Salomón escribió: *“Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?”* (Ec. 3:19-21). Sin embargo, esas palabras no son revelación divina, sino la especulación de un humano que lo cuestionaba todo. Son palabras de un hombre que miraba las cosas *“debajo del sol”* (expresión hallada veintiuna veces en el libro). Salomón estaba diciendo lo que todos diríamos si no tuviéramos la Biblia.

Una vez una mujer se acercó al hermano H. A. Ironside al final de una reunión, y le preguntó: “Dr. Ironside, ¿tendré a mi perro en el cielo?” En lugar de reprocharla, su respuesta fue tanto benigna como cierta. Respondió: “Sí, señora, [pausa] si lo desea”.

¡El Hogar, Por Fin!

No hay palabras que si quiera se aproximen a una descripción adecuada de las glorias del cielo. Ninguna mente mortal puede comprenderlo. Pero Dios nos ha dicho suficiente al respecto como para que tengamos cada vez más añoranza de ir allá. Spurgeon dijo:

“Si no tuvieras añoranza del cielo, seguramente podrías cuestionar si el cielo te pertenece o no. Si alguna vez has gustado el gozo de los santos, como seguramente los creyentes hacen en la tierra, entonces cantarás con el alma llena:

*Mi espíritu sediento desfallece,
Deseando llegar a la tierra que amo,
La herencia radiante de los santos,
La Jerusalén de arriba”.*

J. Sidlow Baxter presenta una vista con diez facetas de la salvación final en las huestes incontables de pecadores salvados y transplantados en el cielo como santos glorificados:

“Delante del trono” — visión bendita
 “Vestiduras blancas” — santidad sin mancha
 “Palmeras” — victoria finalizada
 “Le sirven” — ministerio sublime
 “Él les cubre” — seguridad eterna
 “Jamás tendrán hambre” — satisfacción eterna
 “El sol no les fatigará” — felicidad sin fallo

“Él les pastoreará” — serenidad en Su amor

“Aguas vivas” — inmortalidad perfecta

“Toda lágrima enjugada” — gozo perfecto sin caducidad^{vi}

Robert G. Lee llamó al cielo “el lugar más hermoso que la sabiduría de Dios puede concebir y el poder de Dios puede preparar”. Dio en el blanco cuando dijo:

“Un día, cuando entremos por aquellas puertas de perlas, y veamos por primera vez la hermosura asombrosa alrededor nuestro, pienso que buscaremos a Juan y diremos: “Juan, ¿por qué no nos dijiste que es tan hermoso?” Y Juan responderá: “Intenté decíroslo cuando escribí los capítulos veintiuno y veintidós del último libro de la Biblia, después de tener la visión, pero no pude”.^{xvii}

Cuando nuestros parientes y amigos creyentes son llevados para estar con el Señor, nos es un consuelo inexpresable saber que ellos están en el lugar del día eterno, conscientemente disfrutando la presencia del Señor y las glorias del cielo. No quisiéramos hacerles volver a este desierto de pecado y tristeza.

Para nosotros los que estamos en Cristo, ¡qué esperanza y qué perspectiva! Pronto, muy pronto, el Salvador vendrá para llevarnos a la casa del Padre que tiene muchas moradas. Nosotros también, por fin, estaremos en nuestro hogar.

“Dulce hogar de mi corazón, hay Alguien que mora en ti,

Que dejó tus glorias una vez para morir por amor de mí,

Y cuando Su sangre me compró el hogar que no pude ganar,

Entró por tus puertas el que venció la muerte, el hades y el pecado.

Dulce hogar de mi corazón, esto es lo que te hace amado,

Y diario a mis pies da esperanza, de que cerca estés,

Es Su presencia en ti, que te hace ser para mí,

No un lugar extraño, sino hogar, verdadero hogar a mí.

Dulce hogar de mi corazón, vendrá un día glorioso,
Cuando fe, esperanza y añoranza para siempre habrán pasado,
Cuando a Su presencia, Jesús me llame a estar,
Y hallar en Él con gozo eterno, por fin, mi eterno hogar.

Pero, ¿qué de los que no son creyentes? Si sólo supieran las glorias que podrían ser suyas por toda la eternidad, no se quedarían lejos. Pero Dios no llevará a nadie al cielo en contra de su voluntad. Tienen que venir arrepentidos de sus pecados, y con fe en el Señor Jesucristo. Dave Hunt tenía razón al decir: “Sería una contradicción tan imposible que un rechazador de Cristo estuviera en el cielo, como si un gusano enseñara matemáticas o que un león apreciara grandes obras de arte”.^{xviii} Un pecador en el cielo sería sumamente miserable, y haría miserables a todos los demás, si fuera posible.

Nadie tiene una situación sin esperanza en esta vida. Tan pronto como uno reconoce su pecado delante de Dios y recibe al Señor Jesucristo como su única esperanza para ir al cielo, puede estar tan seguro de cielo como si ya estuviera allí.

Apéndice

“En Tierra De Emanuel”

Samuel Rutherford (1600-1661) era un defensor intrépido de la fe, un honor por el cual sufrió con valentía. “Instigado por Carlos II, quien le aborrecía, el Parlamento le había destituido de todo oficio religioso, y fue citado para comparecer delante suyo en cierta fecha. Pero, cuando la citación le llegó en St. Andrews, Escocia, Rutherford yacía en cama con una enfermedad mortal. Al escuchar la citación, respondió con calma: “He sido citado para comparecer ante un Juez superior”, y al Parlamento envió este mensaje: “Tengo que responder a mi primera citación; y antes de que vuestra cita llegue, estaré donde pocos reyes y grandes personas van”.

La señora Anne Ross Cousin (1824-1906), una poetisa escocesa, se sumergió en los escritos de Samuel Rutherford y entretejió muchos de sus dichos memorables en un himno llamado: “Las Últimas Palabras de Samuel Rutherford”. Por ejemplo, él a menudo se refería a “la piedrecita blanca” y “el nombre nuevo”. Cuando se le iba la vida, dijo: “Me alimento con el maná: tengo comida de ángeles”. “Mis ojos verán a mi Redentor. Sé que Él estará sobre la tierra al final, y seré arrebatado en las nubes para estar con Él en el aire”. “La gloria resplandece en tierra de Emanuel”. En los portales de gloria, dijo: “Dormiré seguro en Cristo, y cuando despierte, estaré satisfecho a Su semejanza. ¡Oh, si tuviera brazos para abrazarle!” Entonces clamó: “¡Oh, si tuviera un arpa afinada!” Encontramos muchas de estas frases y otras también en el himno que ella compuso.

Rutherford hubiera preferido morir como mártir que fallecer en la cama. Dijo: “Pienso que una manera más gloriosa de ir al hogar sería entregar mi vida en la cruz en la plaza pública de Ediburgh o St. Andrews; pero me someto a la voluntad de mi Padre”.

A veces la poesía aquí citada es llamada: “Oh Cristo, Él es la Fuente”, y otras veces es llamada: “Tierra de Emanuel”.

Aunque tierra de Emanuel se refiere a la tierra de Israel en el Antiguo Testamento (Is. 8:8), aquí se emplea como un nombre poético del cielo. La rosa roja de Sarón representa al Señor Jesucristo. La Nueva Jerusalén y el monte Sion se refieren a la ciudad celestial. Anwoth era donde Rutherford realizó durante más de nueve años un ministerio frutífero; situado al lado de Estuario Solway. (Nota del traductor: Lamento sinceramente que de diecinueve estrofas en inglés sólo tenemos cinco en español, pero damos gracias a M. San León por ellas. Es el himno nº 675 del Himnario Evangélico. A continuación, al lado de cada estrofa, indicamos la correspondiente estrofa del original en inglés.)

[1] “Arenas que se hunden

Los días son aquí;

Las sombras de la noche
Caminan a su fin.
El alba de aquel día
Que tanto codicié
Veré romper gloriosa
En “tierra de Emanuel”.

[2] ¡Oh fuente venturosa
Del más profundo amor!
De ti bebió sediento
Mi pobre corazón.
Saciado en las alturas
También por ti seré,
Océano insondable
En “tierra de Emanuel”.

[5] Yo soy de mi Amado,
Y mío es Él; así
Honrado por su gracia
Me veo en su festín.
Sus méritos han sido
Cimiento de mi fe;
No hay otro, ni aun arriba
En “tierra de Emanuel”.

[13] El hilo de mi vida,

Él mismo lo tejió:
Misericordia y juicio,
Amor y compasión.
El corazón que traza,
La mano tierna y fiel,
He de alabar radiante
En “tierra de Emanuel”.

[17] No mira sus brocados

La esposa: Su Señor
Contempla. Gloria y honra
Tampoco busco yo.
La mano taladrada
Prefiero a la merced;
¡Como Él no hay otra gloria
En “tierra de Emanuel”!”

Notas Finales

i Robert Fowler, *Winning by Losing* (“Ganando en la Pérdida”), Chicago: Moody Press, 1986, pág. 148.

ii *Words of Peace* (“Palabras de Paz”), vol. 36, n°8, Grand Rapids: Gospel Folio Press, pág. 1.

iii *My Journey Into Alzheimer’s Disease* (“Mi Viaje por la Enfermedad de Alzheimer”), Wheaton, IL.: Tyndale Press, 1989, pág. 134.

iv Henry M. Morris, *The Stars of Heaven* (“Las Estrellas del Cielo”), San Diego: Instituto Creacionista de Investigación, enero 1974, pág. 4.

v *Ibid.*

vi El versículo 2 del capítulo 22 de Apocalipsis parece referirse al milenio, porque dice que las hojas del árbol de la vida son para la sanidad de las naciones. Obviamente las naciones no necesitarán ser sanadas en el cielo. No obstante, podría significar que las hojas sean la provisión divina para preservar la salud de las naciones. Es similar a la expresión: “Dios enjugará toda lágrima” (Ap. 21:4). Puede referirse a cómo Dios quitará las últimas lágrimas, y puede ser simplemente una forma poética de decir que no habrá más lágrimas.

vii J. Vernon McGee, *Thru The Bible* (“Atravesando la Biblia”), Vol. 2, Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1982, pág. 885.

viii *The Heavenly Home* (“El Hogar Celestial”), Clase Bíblica Radial, Grand Rapids, sin fecha, pág. 31.

ix Charles R. Erdman, *Revelation* (“Apocalipsis”), Philadelphia, The Westminster Press, 1925, pág. 162.

x M. R. DeHaan y H. G. Bosch, *Our Daily Bread* (“Nuestro Pan Diario”). Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1959, lectura para el 22 de diciembre.

xi *More to be Desired than Gold* (“Más Deseable Que el Oro”), South Hamilton, Mass: Gordon-Conwell Theological Seminary, 1994, págs. 156-158.

xii W. Singleton Fisher and Julyan Hoyte, *Ndotolu*, Ikelenge, Zambia: Lunda-Ndembu Publications, 1987, págs. 166-168.

xiii Olive Fleming Liefeld, *Unfolding Destinies* (“Destinos Desplegados”), Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1990, págs. 235-236.

xiv *One Minute After You Die* (“Un Minuto Después de la Muerte”). Chicago: Moody Press, 1997, págs. 74-75.

[xv](#) *Heaven and How to Get There* (“El Cielo y Cómo Llegar”), Chicago: Moody Press, sin fecha, pág. 53.

[xvi](#) *Explore The Book* (“Escudriña el Libro”), Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1966, pag. 349.

[xvii](#)

Bread from Bellevue Oven (“Pan del Horno en Bellevue”), Wheaton: Sword of the Lord Publishers, 1947, págs. 70-71.

[xviii](#) *Whatever Happened to Heaven?* (“¿Qué le Pasó al Cielo?”), Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1988, pág. 28.